KARL MARX

EL DIECIOCHO BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE

Traducción, traducción y notas:

Miguel Vedda

COLIHUE CLÁSICA

~~Marx, Karl~~
~~El dieciocho brumario de Luis Bonaparte / Karl Marx. - 1ª ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Colihue, 2024.~~
~~??? p. ; 18 x 12 cm. - (Colihue clásica)~~

~~Traducción de: Miguel Vedda.~~

~~ISBN 978-950-563-098-1~~

~~1. ????. I. Vedda, Miguel, trad. II. Título.~~
~~CDD ????~~

Título original: *?????*

Coordinador de colección: Dr. Mariano Sverdloff.
Asistente de coordinación: Emiliano De Bin, Fernando Bogado.

Equipo de producción editorial: Darío F. Finoli.

Diseño de tapa: Estudio Lima+Roca

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.
Solo se autoriza la reproducción de la tapa, contratapa y página de legales, completas, de la presente obra exclusivamente para fines promocionales o de registro bibliográfico.

~~ISBN 978-950-563-098-1~~

© Ediciones Colihue S.R.L.
Av. Díaz Vélez 5125
(C1405DCG) Buenos Aires - Argentina
www.colihue.com.ar
ecolihue@colihue.com.ar
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

INTRODUCCIÓN

1. Un Marx para el siglo XXI

Las circunstancias históricas en las que aparece esta nueva traducción de *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* promueven una lectura diferente en varios aspectos de aquellas que se desarrollaron en períodos anteriores. Durante las últimas décadas ha tenido lugar una intensa renovación de los estudios sobre la vida y la obra de Marx. En especial, han surgido reevaluaciones novedosas de *El capital* y, en términos más generales, de todo el conjunto de obras marxianas dedicadas a la crítica de la economía política. La definitiva caída en descrédito de las doctrinas del Marxismo-Leninismo promovidas por los regímenes del llamado «socialismo real» desde el momento en que se produjo la caída de estos ha contribuido al surgimiento de estas interpretaciones renovadoras. Estas también se vieron propiciadas por los progresos de la edición MEGA^2 y por el creciente acceso a los manuscritos y cuadernos de anotaciones de Marx. Pero acaso más gravitante ha sido, en el plano global, la expansión (e imposición) de programas neoliberales desde comienzos de la década de 1970. Ante todo, en la medida en que tales programas de restauración del poder de clase, implementados con notable violencia física e ideológica (y, en ocasiones, mediante la imposición de sangrientas dictaduras, como las que hemos padecido en varios países de Latinoamérica), desacreditaron toda fe

en la existencia efectiva y duradera de un capitalismo con rostro humano. Bajo estas condiciones, se tornó evidente la necesidad de recuperar una teoría como la del Marx tardío, cuyo propósito no era caracterizar una etapa particular dentro de la historia del capitalismo (digamos: la época «liberal» o la «monopólica e imperialista»), sino delinear los rasgos fundamentales de este. O, para emplear una expresión del autor de las *Teorías sobre la plusvalía*: describir «la concatenación interna, [...] la fisiología del sistema burgués» (Marx, 1980: II, 145). El proyecto se proponía entender el capitalismo como un sistema regido por una lógica totalmente distinta de las que habían dominado en otras eras de la historia humana. Concretamente: como un *sistema de dominación abstracta*, que en cuanto tal se diferencia de las *formas personales de dominación* que habían gobernado en todos los modos de producción precedentes. La lógica del capital –el impulso hacia el incremento desmesurado y continuo de las ganancias; el imperativo de una valorización incesante, indefinida, que se expande como una espiral fuera de control– se impone en un mundo en el que el valor se ha convertido en un *sujeto automático* (Marx, 1975: I/1, 188) o en «una sustancia en proceso, dotada de movimiento propio, para la cual la mercancía y el dinero no son más que meras formas» (ibíd.: 189). Bajo el imperio del capital, los procesos económicos se desarrollan, como dice a menudo Marx, a espaldas de los seres humanos, quienes se ven compelidos a observar la dinámica social como un movimiento de cosas bajo cuyo control ellos se encuentran, en lugar de controlarlo. Los procesos económicos, tal como postula Marx específicamente a propósito de las magnitudes de valor, tienen lugar «independientemente de la voluntad, las previsiones o los actos de los sujetos» (ibíd.: 91). Si, en una praxis económica no orientada a la acumulación de capital, las mercancías son ofrecidas a cambio de un dinero que se emplea para comprar

otras mercancías (M-D-M),[1] la fórmula D-M-D"[2] expresa una práctica en la cual el valor «se vuelve *valor en proceso*, y en ese carácter, *capital*. Proviene de la circulación, retorna a ella, se conserva y multiplica en ella, regresa de ella acrecentado y reanuda una y otra vez, siempre, el mismo ciclo. D-D", dinero que incuba dinero –*money which begets money*– reza la definición del capital en boca de sus primeros intérpretes, los mercantilistas» (ibíd.: 189).

La intención de captar la lógica de toda una era explica en parte el alto grado de abstracción en el que se inicia *El capital*. De manera lenta y progresiva, el análisis va desplazándose desde la dinámica estructural a los niveles más superficiales, hasta alcanzar, en el libro III, las categorías que expresan las relaciones capitalistas en su manifestación empírica y, con ellas, la forma en que este modo de producción se presenta inmediatamente a la conciencia cotidiana. La abstracción del punto de partida obedece a otra convicción del Marx maduro y tardío: corrigiendo las posiciones más tempranas (por ejemplo, la del *Manifiesto Comunista*, 1848), en que el desarrollo de la sociedad burguesa era visto como en sí progresivo y como un avance que permitiría que los seres humano se vieran «por fin, obligados a contemplar con una mirada sobria su posición en la vida, sus relaciones recíprocas» (Marx, 2008: 28), el autor de *El capital* sostiene que el capitalismo posee una capacidad totalmente excepcional para encubrir sus propias lógicas de funcionamiento. La Modernidad capitalista se encuentra subyugada bajo diversos fetichismos y mistificaciones que nacen de la relación de capital; se trata de fenómenos que no constituyen meras ilusiones, engaños de la conciencia que podrían de ser disipados por la ilustración científica. Son, antes bien, conse-

1. Mercancía-dinero-mercancía.
2. Dinero-mercancía-más dinero.

cuencia necesaria de las formas de praxis correspondientes a las sociedades orientadas a la producción y el intercambio de mercancías (Heinrich, 2016a: I/, 175).[3] Varios análisis recientes han insistido en afirmar que la fase neoliberal del capitalismo ha llevado las mistificaciones y fantasmagorías a un nivel cuantitativa y cualitativamente más alto que cualquier etapa anterior de la Modernidad. Este hecho, que ayuda a explicar numerosos fenómenos de nuestro tiempo –entre ellos, la eficacia con que los modelos ideológicos afines con la visión del mundo neoliberal continúan modelando las maneras de pensar y sentir de millones de seres humanos, persuadiéndolos de actuar en contra de sus propios intereses–, es una de las razones para la renovada atención que ha despertado *El capital* en las últimas décadas. Veremos luego que algunos temas centrales del *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* se conectan con esta problemática.

A la vista de que el propósito de la crítica de la economía política de Marx es describir la estructura fundamental del capitalismo, inaccesible para la conciencia cotidiana (y esto es mucho más válido para nuestra época que para la de Marx), cabría preguntarse cuál es la relación que este proyecto de tan vasto alcance mantiene con los análisis dedicados al estudio de coyunturas específicas. En términos más concretos para nosotros: ¿qué relación existe entre las investigaciones científicas sobre la lógica del capital y los ensayos dedicados a inspeccionar la Francia del Segundo Imperio? Marx era consciente de que las diferentes sociedades capitalistas no mantienen una relación de analogía simple, ni son una suerte de reproducción fotográfica de la «fisiología» del capitalismo tal como aparece descripta en *El capital*. Ninguno de los capitalismos existentes en su propia época es la perfecta encarnación de esa fisiología, y sería erróneo

3. Cuando no se indica algo diferente, las traducciones son nuestras.

suponer que Marx se limitó a generalizar y sistematizar los atributos particulares del capitalismo inglés, juzgado como expresión idónea de una fase «liberal». Cuando Sartre opone los estudios de casos realizados por Marx con los de sus sucesores dogmáticos, subraya correctamente que, en estos, el análisis de la situación particular ha quedado resumida en «una simple ceremonia»: «el análisis consiste únicamente en desembarazarse del detalle, en forzar la significación de ciertos acontecimientos, en desnaturalizar los hechos o aun en inventarlos para reencontrar "nociones sintéticas" inmutables y fetichizadas» (Sartre, 1960: 40). En cambio:

> En ningún caso, en los trabajos de Marx, esta puesta en perspectiva pretende impedir o volver inútil la apreciación del proceso como totalidad *singular*. Cuando él estudia, por ejemplo, la breve y trágica historia de la República de 1848, no se limita –como se haría hoy– a declarar que la pequeña burguesía republicana ha traicionado al proletariado, su aliado. Intenta, al contrario, presentar esta tragedia en el detalle y en el conjunto. [...] Así, el marxismo vivo es *heurístico:* en relación con su indagación concreta, sus principios y su saber anterior aparecen como *reguladores*. Jamás, en Marx, se encuentran *entidades*: las totalidades (por ejemplo, «la pequeña burguesía» en *El dieciocho brumario*) son vivas; se definen por sí mismas en el cuadro de la investigación (37-38).

Es significativo que, en este contexto, Sartre mencione como ejemplo justamente *El dieciocho brumario*. Nos ocuparemos luego de considerar en detalle las particularidades del análisis sociohistórico desplegado en este ensayo; convendría resaltar ahora que la circunstancia de que, en sus estudios históricos, Marx dedique tanta atención al *análisis concreto de la situación concreta* no significa que tales estudios carezcan de toda relación con la crítica de la economía política. Pero, a la hora de explorar esa relación, es preciso tener

presente que, en el momento de escribir el ensayo que nos ocupa, Marx se encontraba recién en el inicio de la primera fase (1850-57) del período de más intensa ocupación con el proyecto de crítica de la economía política. Esta fase estuvo dedicada, ante todo, a la tarea de extractar citas de variedad de obras, y surgieron muy pocas elaboraciones propias. El trabajo más exhaustivo tuvo lugar durante la segunda etapa (1857-63) –en que, sobre la base de un plan tentativo en seis volúmenes, tiene lugar la redacción de los *Grundrisse* y de las *Teorías sobre la plusvalía*–, y durante la tercera y más importante (1863-81), en que Marx emprende la escritura de *El capital*, para el que estaban previstos cuatro volúmenes (cf. Heinrich, 2016b: 73). De esto se infiere que, durante la génesis de *El dieciocho brumario*, aún estaban ausentes en Marx muchos de los elementos fundamentales de su caracterización crítica más desarrollada del capitalismo. Para un pensamiento continuamente en movimiento –es decir: *dialéctico*– como el de Marx, marcado por una disposición autocrítica y autorreflexiva, este señalamiento histórico tiene una importancia sustancial. Sugiere estar atentos para no leer el ensayo publicado por primera vez en 1852 como si fuera contemporáneo de los grandes escritos posteriores, pero también tener en cuenta que en estos, como en otros ensayos tardíos –ante todo, *La guerra civil en Francia* (1871)–, se retoman problemáticas que han sido consideradas en *El dieciocho brumario*.

La ausencia de perspectiva histórica es común a muchos comentarios dedicados al ensayo que aquí presentamos. En dicha ausencia puede verse una de las principales razones para los errores e inexactitudes frecuentes en las apreciaciones. Cualidad característica de nuestra época, el debilitamiento del sentido histórico suele ir de la mano, en muchos análisis dedicados a la obra de Marx en general y al *El dieciocho brumario* en particular, de una tendencia a simpli-

ficar la teoría marxiana de la sociedad y de la historia hasta reducirla a una serie de enunciados simples y universales; a un número limitado de reglas de índole dogmática que resultarían aplicables a cualquier contexto. Esta simplificación, que es la estrategia empleada usualmente para cuestionar el presunto determinismo de Marx, suele apoyarse con fatal insistencia en la «Introducción» a *Contribución a la crítica de la economía política* (1859). Por un lado, a raíz de las deficiencias teóricas reales de ese texto. Por otro, porque la brevedad de la «Introducción», así como la presencia en ella de fórmulas generales, dotadas de concisión aforística, se prestan hoy especialmente para las operaciones orientadas a rebajar el pensamiento de Marx a un esquema logicista, del mismo modo que, en circunstancias distintas, habían contribuido anteriormente a la canonización del «materialismo histórico» como una suerte de verdad revelada. La apelación a la «Introducción» servía, por otra parte, para eximir a los críticos de la obligación de entregarse al arduo trabajo del concepto. Lidiar con las argumentaciones dinámicas y complejas, con la estructura enorme e intrincada de los *Grundrisse* y de *El capital* habría requerido un esfuerzo intenso del que no pocos críticos se consideran exentos, en la medida en que creen haber encontrado ya en la «Introducción» la síntesis más acabada de la teoría marxiana.

La razón para estas declaraciones es que un lugar común en las consideraciones, ante todo de las últimas décadas, sobre *El dieciocho brumario* es la coincidencia entre, por un lado, una condena del programa teórico del materialismo histórico –de naturaleza supuestamente reduccionista y determinista–, que encontraría su expresión más conspicua en la «Introducción»; y, por otro, una celebración de la ductilidad y la apertura de miras de los puntos de vista trazados en *El dieciocho brumario*. Así, Mark Cowling y James Martin destacan el hecho de que *El dieciocho brumario* no representa

«una aplicación directa del principio» de la «"concepción materialista de la historia" o del "materialismo histórico" [...] a la práctica. [...] en ningún punto afirma realmente Marx que esta obra se basa en una teoría del materialismo histórico» (Cowling/Martin, 2002: 6). Marx «no está aplicando el principio en ningún sentido estricto. Se garantiza un considerable grado de autonomía y de efecto independiente a las ideas, ideologías y otros elementos de la "superestructura"» (ibíd.). Los autores hacen visible su satisfacción ante las «frecuentes desviaciones» en el ensayo de Marx respecto «de una visión lineal o determinista de la historia y la política» (ibíd.: 11). Estos posicionamientos, unidas a una supuesta aproximación de Marx a aquellas posiciones según las cuales la política se constituye a través del lenguaje y las representaciones no se dejan explicar a partir de los intereses materiales, permitirían aseverar, a ojos de estos autores que «El *Dieciocho brumario* es ciertamente uno de los lugares en que Marx se aproxima más al postmodernismo» (ibíd.: 9-10). Una peculiaridad de esta clase de lecturas es que en ellas se advierte, por regla general, un tenue conocimiento de la obra marxiana. En el caso de Cowling y Martin, además de la «Introducción» de 1859, la única obra de Marx considerada es el *Manifiesto Comunista*. Se trata, como puede verse, de dos escritos recurrentes en las antologías introductorias; y la interpretación que ofrecen de ambas obras los autores no hace mucho más que reproducir, sin revisarlos, un conjunto de clichés ampliamente divulgados por la industria cultural. El fundamento de semejante banalización es, como en numerosos casos análogos, una interpretación superficial de nuestro presente y de la Modernidad *tout court* según la cual *no hay alternativa* a las estructuras fetichizadas del capitalismo realmente existente. Los autores explican que «el análisis de clase en general y el análisis de clase marxista más específico han dejado de estar de moda en los

años recientes» por el hecho de que «el conflicto de clase no ha sido agudo en Europa desde la Segunda Guerra Mundial» y porque «la clase trabajadora, en el sentido de gente que depende de su trabajo para vivir [!], sigue siendo muy numerosa, pero es extremadamente diversa, y partes de ella son muy prósperas» (ibíd.: 9). Aún más contundente es la sentencia de Cowling y Martin «sobre la cuestión de la política»: en su opinión, un «juicio corriente sobre Marx es que no logró prever el ascenso de democracias que funcionen»:

> Estas pueden no ser perfectas, pero el mundo capitalista avanzado está siendo gobernado ahora por sistemas en que los partidos pueden organizarse libremente, los resultados de las elecciones son respetados en lo básico por las fuerzas militares y el servicio civil y los cambios de gobierno sobre la base de elecciones hacen alguna diferencia. Marx tenía poca experiencia acerca de tales sociedades (ibíd.: 10).

En realidad, el autor y los lectores de este prólogo, a la luz de las circunstancias políticas y económicas globales, *también* tenemos poca experiencia acerca de sociedades como las descriptas. El cándido entusiasmo de Cowling y Martin ante la opulencia de las clases trabajadoras de nuestro tiempo resulta llamativo en vista de la ofensiva de las políticas neoliberales sobre los derechos laborales en el plano internacional desde hace al menos cincuenta años; algo de los que los autores deberían estar bien enterados, ya que la compilación editada por ellos incluye un artículo sobre «El *Dieciocho brumario* y el thatcherismo». La descripción de las democracias burguesas contemporáneas –que en optimismo podría superar ampliamente al del Pangloss de Voltaire– no se aviene demasiado bien con una realidad marcada por una avanzada sobre la democracia en cuanto visión del mundo y en cuanto modo de vida y de organización de la política como la que está teniendo lugar, a nivel

global, desde hace ya varias décadas. Ni la expansión de las nuevas derechas radicales en el centro y el este europeos, ni el establecimiento de dictaduras militares en Latinoamérica parecen avalar particularmente bien el diagnóstico (y los pronósticos) formulado por Cowling y Martin en 2002. Pero tampoco la evolución social y política que ha tenido lugar en Europa occidental o en Estados Unidos desde los años setenta del pasado siglo ofrecen un sustento particularmente sólido para las tesis de estos autores; y así como las políticas de Margareth Thatcher y Ronald Reagan no han contribuido esencialmente a la prosperidad de las clases populares, tampoco las administraciones de Donald Trump y Boris Johnson, o –todavía más– las bases sociales que las han sustentado, permiten hablar de una consolidación de las estructuras democráticas en un sentido genéricamente burgués. Todavía más: el surgimiento de movimientos y partidos neofascistas en escenarios mundiales muy diferentes, o la resistible ascensión de Jair Bolsonaro y otras figuras similares en Nuestra América vuelven tan irreales las tesis de Cowling y Martin como actuales las reflexiones de Marx en torno al bonapartismo. Si la relectura de *El dieciocho brumario* se tornó indispensable durante el período de expansión de los fascismos europeos, bien puede volver a serlo hoy para ayudar a la comprensión de nuestro presente.

Pero existe un sentido más amplio y más urgente en el que la actualidad del pensamiento de Marx resulta especialmente visible, en vivo contraste con las perspectivas optimistas y las ilusiones de progreso de un liberalismo hace ya tiempo trasnochado. La fase neoliberal ha significado la más intensa acometida del capital en contra de la naturaleza. Un capitalismo finalmente globalizado y empeñado en impulsar un brutal retroceso de las barreras de lo mercantilizable ha creado un escenario en el que, como subraya Kohei Saito, con la profundización de la crisis ecológica, el fin de la

historia pronosticado por Fukuyama luego del colapso de la URSS no se ha revelado como una pronta instauración de la libertad y la democracia en todo el mundo, sino como fin de la historia de la civilización humana:

> De hecho, la crisis ecológica ha seguido acelerándose de diversas formas, como el colapso del clima, la acidificación de los océanos, la alteración del ciclo del nitrógeno, la desertificación, la erosión del suelo y la extinción de especies. Es precisamente el triunfo de la globalización neoliberal en los últimos treinta años lo que contribuyó a la profundización de la crisis ecológica global que, en última instancia, está conduciendo a la ruptura de los ecosistemas y amenaza la propia existencia de los seres humanos (Saito, 2023: 18).

Esta crisis ecológica «está relacionada con el rápido aumento de todos los impactos que han tenido las actividades humanas sobre el planeta Tierra luego de la Segunda Guerra Mundial, período que se caracteriza generalmente como la era de la "gran aceleración"» (ibíd.). Este proceso se aceleró con «el triunfo del capitalismo global neoliberal, luego de la década de 1990. Un ejemplo basta para confirmar este punto: la mitad de todo el consumo de combustibles fósiles de la historia de la humanidad tuvo lugar a partir de 1990» (ibíd.). Toda una serie de estudios recientes ha mostrado que el pensamiento tardío de Marx encierra una vasta caracterización del potencial inmanentemente destructor de la naturaleza que define al capital. Estas consideraciones críticas, que representan un giro categórico respecto de las expectativas previas de Marx en la índole progresista –y civilizadora– de un desarrollo irrestricto e ilimitado de las fuerzas productivas, desembocan en la conclusión general de que las fracturas metabólicas son el problema más grave del capitalismo. Y el carácter inevitable de esta fractura bajo condiciones capitalistas se deriva de la propia ley del

valor: este, en cuanto mediador del metabolismo entre los seres humanos y la naturaleza, no podría crear las condiciones para una producción sostenible. La teoría marxiana del valor explica que el capital, «debido a su impulso hacia la autovalorización infinita, contradice el carácter fundamentalmente limitado de las fuerzas y recursos naturales. Esta es la contradicción central del modo de producción capitalista»; el análisis de Marx apunta a discernir «los límites que operan sobre este impulso ilimitado hacia la acumulación del capital, en el seno de un mundo material» (ibíd.: 301).

Podría parecer que con estas consideraciones nos hemos alejado de nuestro tema. No podrían, sin embargo, ser más pertinentes, ya que permiten entender en qué medida la crítica de la economía política de Marx, que constituye su mayor aporte a la comprensión de la Modernidad, posee una intensa actualidad como herramienta para comprender la realidad de nuestro propio tiempo. De ahí la invitación a poner *El dieciocho brumario* en relación con ella, y no tanto con obras anteriores –menos penetrantes y complejas– como el *Manifiesto* o la «Introducción» de 1859. Esta constelación permite, por cierto, colocar los hechos examinados por Marx en el Segundo Imperio en el marco más abarcador de la «fisiología» del capitalismo, y encierra, al mismo tiempo, una invitación a examinar, en ocasión del análisis de cada contexto sociohistórico particular, el enlace entre los fenómenos de superficie y el nivel de la estructura o la esencia, cuyos rasgos definen toda una era. Ante todo, porque, en el capitalismo, el nivel superficial de la dinámica social *al mismo tiempo expresa y vela la esencia*; y ha señalado apropiadamente Postone que una teoría inspirada en Marx debería captar tanto la superficie como la dinámica subyacente de la realidad social (Postone, 2003: 89). Esta tarea se hace tanto más urgente cuanto que, en la fase neoliberal que continuamos atravesando, se ha vuelto particularmente difícil la

percepción de ese enlace. Toda una serie de análisis teóricos y críticos ha destacado que, bajo las condiciones vigentes durante las últimas décadas, el sentimiento de desorientación frente al orden social dominante y las posibilidades de transformarlo se ha impuesto, para la conciencia cotidiana, con una amplitud e intensidad nunca antes conocidas durante el capitalismo. Fredric Jameson ha escrito que «ha habido pocos momentos de la historia social moderna en que la gente en general se haya sentido menos poderosa; pocos momentos en los cuales la complejidad del orden social haya parecido tan imponente e inaccesible» y en que, a la vez, «la sociedad existente, al tiempo que está atrapada en un cambio cada vez más rápido, haya parecido dotada de una permanencia tan sólida» (2013: 446). La proliferación de fetichismos y mixtificaciones (y de reflexiones sobre estos) que mencionamos anteriormente se encuadra en esta situación de «desamparo trascendental», para emplear una conocida expresión del joven Lukács. Los sentimientos de confusión e impotencia acreditan el convencimiento del Marx tardío en que la sociedad burguesa no avanza en el sentido de una creciente destrucción de todos los mitos del pasado y del presente históricos, sino que reproduce de manera continua y necesaria representaciones mixtificadoras que emanan de la relación de capital. Ahora bien: ha sido el capitalismo postfordista el que, como venimos diciendo, ha intensificado en una medida extraordinaria tales procesos. Con razón indicó Mark Fisher, en un análisis que conecta el «realismo capitalista» de nuestro tiempo con la estructura integral de la Modernidad, que «no existe una tendencia progresiva del capitalismo a desnudarse, desenmascararse y mostrarse "tal como es": rapaz, indiferente, inhumano». Por el contrario, «el rol principal de las "transformaciones incorpóreas" realizadas por el *branding*, la publicidad y las relaciones públicas muestra que, para operar efectivamente,

la rapacidad del capitalismo depende de la utilización de diversas formas de enmascaramiento» (Fisher, 2021: 80).

La dificultad con la que se enfrenta el pensamiento cotidiano para localizar puntos de referencia precisos para orientarse es una de las razones que explican otra de las marcas de identidad de nuestro tiempo: el debilitamiento extremo de los impulsos utópicos. Uno de los logros de la visión del mundo neoliberal ha sido haber implantado eficazmente en la conciencia de millones de personas la superstición de que el capitalismo es la mejor de las distopías posibles e incluso la fe en que no existe alternativa a ella. Después de las derrotas de los movimientos contrainsurgentes a finales de los años sesenta, las fantasías colectivas se privatizaron y canalizaron en una medida considerable hacia aquellas promesas de felicidad que solo se cumplen a través de la incesante adquisición de mercancías, en una época a la que no en vano se ha designado como la era del consumismo indiferenciado (Harvey, 2007: 50). El vitalismo promovido por las estéticas de la mercancía y por los aparatos de propaganda de los partidos neoliberales en sus vertientes (y sus fases) optimistas, la promoción de las llamadas «filosofías positivas» y, en sí, la *exigencia compulsiva de felicidad* (Dunker, 2021) que caracteriza a las ideologías dominantes en nuestro presente tiene como contraparte la propagación de un ánimo sombrío de cara a las perspectivas de una transformación profunda y colectiva de las circunstancias vigentes. Aunque el individualismo neoliberal se empeña en privatizar la depresión, reduciéndola a una dolencia que afecta «clínicamente» a ciertos individuos, la conexión entre una enfermedad especificada como definitoria de nuestro presente y los procesos sociales, económicos y culturales más amplios es demasiado íntima. Mark Fisher precisa muy bien esta dialéctica cuando dice que «el *poptimismo* de la cultura oficial, siempre exhortándonos a estar

excitados por el último producto cultural, a la vez sombrío y resplandeciente, y hostigándonos porque no conseguimos ser lo suficientemente positivos» y «evangelizándonos sobre los infinitos placeres que estarían disponibles si tan solo consumiéramos un poco más», encuentra su contraparte y la «pasividad y resignación» generalizadas (Fisher 2022, 245).

Ante este panorama se ha vuelto especialmente necesario revisitar la obra tardía de Marx. Su determinación de realizar un análisis inmanente del capitalismo, despojado de falsas esperanzas y de falsos temores, resulta más actual que el optimismo del *Manifiesto* o las fórmulas taxativas de la «Introducción» de 1859. La convicción del autor de *El capital* de que la fractura metabólica producida por la valorización indefinida solo podría conducir a la extinción de toda vida apela a una era en la que, como ha dicho Jameson, es más fácil imaginar el fin del mundo que el del capitalismo. Pero también la sobria anatomía del Segundo Imperio –en la que el liderazgo carismático de «Napoleón el Pequeño» consiguió seducir a amplios sectores de las clases medias y populares francesas luego del período que se había abierto con la Revolución de 1789 y que se había cerrado transitoriamente con el aplastamiento de las insurrecciones de junio de 1848– habla elocuentemente a un tiempo como el nuestro, marcado por una ola de contrainsurgencias, sostenida por una ofensiva contra los ideales y las políticas democráticos, por la expansión de derechas radicales y por la emergencia de liderazgos que en varios aspectos reeditan la teatralidad carismática de la política escenificada por primera vez por Napoleón III. El análisis marxiano del bonarpartismo encierra, como veremos, elementos productivos para la comprensión de nuestro presente. Esta potencialidad fue advertida ya por Marcuse, quien especificó que el examen que hace Marx «del desarrollo de la revolución de 1848 en dirección a la dominación autoritaria de Luis Bonaparte anticipa la

dinámica de la sociedad burguesa tardía: la liquidación de su período liberal, que se consuma sobre la base de su propia estructura» (1965: 143). Este proceso no se realiza sin apelar a la mixtificación de masas: según Marcuse, en *El dieciocho brumario*, Marx con una notable conciencia anticipatoria, da cuenta de que la sociedad capitalista en desarrollo «debe contar en una medida creciente con las masas, debe incorporarlas al estado normal económico y político, debe tornarlas solventes e incluso (hasta un cierto grado) capaces de ejercer el dominio» (ibíd.: 146). El «análisis modelo de la dictadura plebiscitaria» pone al descubierto la complicidad entre las instituciones de la democracia burguesa y el liderazgo carismático: «El Estado autoritario necesita de la base de masas democrática; el *Führer* debe ser *elegido*... por el pueblo, y es elegido. El sufragio universal, que es negado por la burguesía *de facto* y luego *de jure*, se convierte en arma del poder ejecutivo autoritario contra los grupos hostiles de la burguesía» (ibíd.). Si, como sugiere Marcuse, este proceso es la matriz inicial para los ulteriores fascismos, también lo es, con explicables diferencias, para una variedad de regímenes de nuestro pasado reciente.

En la medida en que el «compromiso de la dialéctica marxiana con la realidad concebida prohíbe el compromiso dogmático» (ibíd.), la brusca colisión con una realidad nueva obligó a Marx a repensar sus propias posiciones teóricas y políticas. Esto es lo que vemos, según Marcuse, en *El dieciocho brumario*: un pensar que es consciente de su propia ductilidad y por eso, en el fondo, de su propia fragilidad, y que ha pagado sus progresos con el duro precio de la derrota:

> La conciencia de la derrota, incluso de la desesperación, pertenece a la verdad de la teoría y de su esperanza. Esta fragilidad del pensamiento –signo de su autenticidad ante la realidad quebrada– define el estilo de *El dieciocho brumario:*

> contra la voluntad del que la escribió, la obra se convierte en gran literatura. El lenguaje se convierte en un concepto de la realidad que resiste a los horrores del acontecer mediante la ironía. Ante esta no subsiste ninguna fraseología, ningún cliché... ni siquiera los del socialismo (ibíd.: 147).

Estas reflexiones nos permiten colocar bajo otra luz las ya mencionadas referencias a la atenta observación de la realidad, a la ductilidad y el antidogmatismo evidenciados en *El dieciocho brumario*. Marcuse conecta estas actitudes con las cualidades que definen a un pensamiento genuinamente dialéctico. Este, en efecto, debería caracterizarse por la oposición a todo lo fijado y por un continuo aprendizaje de la realidad; por la resolución de revisar y modificar constantemente sus propios enfoques a partir del contacto con los objetos. Un pensamiento dialéctico se niega a hacer violencia a sus objetos: su intención es plantear al objeto como algo prioritario, y el esfuerzo del pensamiento debe estar volcado a amoldarse del modo más profundo posible a las particularidades del objeto. Dicho de otro modo: la dialéctica extrae los conceptos de la cosa, y no le impone coercitivamente a esta un concepto *a priori*. Adorno ha escrito, en este sentido, que la dialéctica «intenta una y otra vez no quedarse detenida [...] una y otra vez se corrige según los datos de las cosas mismas. Tentativa de una definición: la dialéctica es un pensar que no se conforma con el orden conceptual, sino que lleva a cabo el arte de corregir el orden conceptual a través del ser de los objetos» (34 y s.). Un procedimiento de esta clase, autorreflexivo y dinámico, se encuentra identificado, como también dice Marcuse a propósito de *El dieciocho brumario*, con lo provisorio y la precariedad. De un modo parecido apuntó Adorno, en una anotación de tenor metodológico para las lecciones de 1964-/65 sobre dialéctica negativa:

> *La verdad es solo lo que no tiene cinturón de seguridad, lo que se arroja* à fonds perdu. *Lo vertiginoso es la experiencia de lo abierto; en medio del hechizo, lo esencialmente moderno (Baudelaire, Poe) es le goût du néant: [...] Red, no argumentación. Contra los libros usuales. [...] Lo que antaño quería imponer a los fenómenos el sistema de coordenadas debe ser buscado únicamente en ellos. El pensamiento no tiene garantizado de antemano ni que eso esté allí, ni que no lo esté* (Adorno, 2021: 267).

En su gran ensayo sobre el Segundo Imperio, Marx se aboca precisamente a la tarea de rastrear la verdad tanteando entre los fenómenos y sin imponerles a estos un sistema de coordenadas. Este proceder, que es hijo de la derrota y la pérdida de las ilusiones previas, es también el que adoptará el Marx de los *Grundrisse* y de *El capital*. Es este Marx el que apela de manera especialmente persuasiva y provocadora a los lectores del siglo XXI.

2. Dinámica y dinamismo de *El dieciocho brumario*

El ensayo que presentamos se enmarca en el período de ocupación más intensa y regular de Marx como periodista profesional (1852-1862). Su producción estuvo destinada ante todo al *New-York Daily Tribune*, para el cual redactó alrededor de 350 artículos propios, a los que se suman 12 redactados en colaboración con Engels. Con una tirada de 200.000 ejemplares, el *Tribune* era por entonces el diario de mayor circulación del mundo; su director, Charles Dana, había sido miembro, junto Hawthorne, Emerson y otros intelectuales y escritores de renombre, del falansterio de Brook Farm, y la simpatía por el fourierismo era perceptible en el periódico. Dana, que había cubierto como periodista la insurrección parisina de junio de 1848, conoció a Marx en Colonia en ese mismo año, y había quedado fuertemente impresionado por él. De ahí que lo invitara, en 1850, a colaborar como corresponsal europeo para el diario. La impor-

tancia que llegó a tener Marx para Dana puede inferirse, tal como se expresa en una carta que el segundo envió al primero el 8 de marzo de 1860, de que, en sus casi diez años de colaboración, el autor alemán escribió para el *Tribune* «constantemente, sin una interrupción de una sola semana, que yo recuerde», y se convirtió en «no solo en uno de los colaboradores más altamente estimados, sino también en uno de los mejor pagados del diario». La única objeción que pudo formular Dana sobre las contribuciones de Marx es que este ocasionalmente mostró «un tono de sentimiento demasiado alemán para un diario europeo. Este fue el caso en lo que se refiere a Rusia y Francia. En cuestiones que se relacionan con el zarismo y el bonapartismo, a veces pensé que usted manifestaba demasiado interés y demasiada ansiedad en la unidad e independencia de Alemania». Cabe destacar esta última observación: Dana percibe agudamente dos objetos, no solo del interés, sino también –y en particular– del odio de Marx. Como señala Stedman Jones, como «en el caso de sus escritos sobre Rusia, había hacia Bonaparte una dimensión extra para esta hostilidad alimentada por la amargura y la decepción ocasionadas por las derrotas de 1848 y 1851» (2016: 347).

Aunque destinado a otro lugar de publicación, *El dieciocho brumario* está impregnado por esta hostilidad mencionada por Dana a propósito de los artículos para el *Tribune*. La animosidad no actúa aquí, sin embargo, en desmedro de la solidez científica o de la perfección formal, y con razón ha escrito José Paulo Netto que este escrito, redactado «en pocas semanas, en medio de penosas condiciones de vida», es «tal vez, entre las piezas ensayísticas que Marx dedica a una coyuntura determinada, la mejor realizada en términos formales y en términos de rigor analítico» (2020: 256). Compuesto entre diciembre de 1851 y marzo de 1852, *El dieciocho brumario* fue escrito con vistas a ser publicado en el

semanario *Die Revolution*, editado en Nueva York por Joseph Weydemeyer, un amigo de Marx y Engels. Dificultades financieras ocasionaron que solo aparecieran dos números de esa revista, en enero de 1852. Los artículos de Marx llegaron tarde a destino y no pudieron ser incluidos en estos números. A instancias de Marx, Weydemeyer publicó el ensayo en mayo de 1852 en la primera entrega de la revista *Die Revolution. Eine Zeitschrift in zwanglosen Heften* (La revolución. Una revista en fascículos de aparición irregular) bajo el título –modificado por el editor– de *El dieciocho brumario de Luis Napoleón.* Por falta de fondos, Weydemeyer no pudo retirar la mayor parte de la edición de este número en los depósitos de la imprenta, y solo llegó a Europa un número reducido de ejemplares. Los intentos de publicar el escrito en Londres fracasaron, y la segunda edición solo apareció en 1869, en Hamburgo, en una versión revisada. La tercera edición tuvo lugar en 1885 –es decir: luego de la muerte de Marx– al cuidado de Engels, y reprodujo, al margen de algunos cambios estilísticos menores, la edición de 1869. A partir de entonces, las ediciones en alemán y las traducciones a multitud de lenguas se sucedieron en forma continua.

El ensayo describe e indaga un segmento de historia francesa que se extiende desde la revolución de febrero de 1848 hasta el 2 de diciembre de 1851; es decir, de acuerdo con el calendario establecido por la Revolución Francesa, hasta el 18 de brumario, en que Luis Bonaparte disuelve, mediante un golpe de Estado, la ya debilitada república parlamentaria. Se trata, en esencia, de explicar el fracaso de una revolución y el origen de un régimen autoritario. La revolución que, en los inicios de 1848, se había llevado adelante con un amplio e intenso apoyo popular, y que el 4 de mayo de 1848 había designado, sobre la base de elecciones generales y secretas de la población masculina, una Asamblea Legislativa, había otorgado el poder hegemónico a la fracción republicana de

la burguesía. El levantamiento de los trabajadores parisinos en junio de 1848 introduce un primer punto de viraje en el período: duramente aplastada, la insurrección genera una ola de contrainsurgencia que se expresa, ante todo, mediante la declaración del estado de sitio y la aprobación de una Constitución dotada de dos cabezas: un parlamento y un presidente elegidos por el pueblo. El presidente es electo en el otoño de 1848, inmediatamente después de la aprobación de la Constitución; el parlamento, medio año más tarde. La Constitución le concede al presidente amplios poderes, y este, de acuerdo con la interpretación de Marx, cuenta sobre todo con el apoyo del campesinado: una clase remisa a organizarse como tal y proclive a identificarse más con una figura de autoridad cautivante que con las deliberaciones de los cuerpos legislativos. La elección presidencial del 10 de diciembre de 1848 marca decisivamente las circunstancias políticas al crear un escenario en que el poder ejecutivo dispone de un poder cada vez mayor, en tanto la Asamblea va perdiendo todo su ascendiente, a pesar de representar los intereses de diversas clases y fracciones. Las elecciones del 28 de mayo de 1849 no hacen otra cosa que agudizar la crisis del parlamento. La fracción jacobina, sustentada, según Marx, en la pequeña burguesía urbana, luego de las protestas contra el bombardeo de Roma que había resuelto unilateralmente el presidente violando la Constitución, va siendo prontamente liquidada mediante la promulgación de leyes especiales, desplazada de todas las posiciones de poder y, finalmente, encarcelada o enviada al exilio. La burguesía y los enemigos monárquicos de la república se fusionan entonces en el Partido del Orden con el propósito de enfrentarse mancomunadamente en contra del proletariado, concebido en cuanto «*partido de la anarquía*, del socialismo, del comunismo» (*infra*, p. *). Dicho partido, como resume Hauke Brunkhorst:

> quebrantará muy a menudo su propia Constitución en la Asamblea Nacional Legislativa hasta que el ejecutivo, bajo la conducción de Luis Bonaparte y su apéndice armado en el lumpemproletariado, pudo arrebatar completamente el poder que le había caído del cielo mediante una nueva y definitiva violación de la Constitución (2018: 20).

El golpe de Estado, que, a ojos de Marx, colocó al frente de un Imperio autocrático a una figura totalmente mediocre, termina de perfilar el verdadero rostro de la República, al liquidar las libertades y sustituirlas por un régimen militarista. De ahí en más, el ejecutivo, como un poder plenamente autonomizado, consumará la liquidación del proceso revolucionario iniciado en 1789. El ensayo de Marx retrata en estos términos la génesis de un período que se extenderá hasta 1871, cuando la Guerra Franco-Prusiana y la Comuna de París completarán el hundimiento de la dominación de Napoleón III.

Bob Jessop ha mostrado que el ensayo de Marx ofrece «una periodización compleja de la historia contemporánea antes que una simple cronología» y que esto «lo convierte en un modelo de análisis político que inspiró muchos análisis marxistas subsiguientes y que también obtuvo el respeto de muchos historiadores ortodoxos por su poder teórico y su análisis empírico» (2002: 183). Los tres períodos principales identificados por Marx son: 1) el período que va del 24 de febrero al 4 de mayo de 1848, en que, una vez derrocado Luis Felipe, se prepara el escenario para la república; este es el período del gobierno provisional; 2) el período en que se organiza la Asamblea Constituyente; 3) el período de la república constitucional o de la Asamblea Nacional Legislativa. Por otro lado, Marx ofrece tres interpretaciones de cada uno de los períodos:

> Al distinguir los períodos, hace referencia en primer lugar a su significación coyuntural inmediata; luego, a la sede

> institucional primaria en la cual y en torno a la cual se desarrolla la dramaturgia política. Además, cada período (y sus fases, cuando se las establece) es discutido en términos de su pasado, su presente y –en la medida en que se encontrara ya públicamente registrado o Marx lo considerara reconocible– su significación futura (ibíd.: 184).

Jessop afirma asimismo que Marx no se limita a ofrecer una cronología en una escala de tiempo unilineal, sino que construye una periodización que opera con varias escalas de tiempo. Así, el ensayo está cargado de «referencias a horizontes temporales que se intersecan y solapan, a repeticiones accidentales y deliberadas, a inversiones dramáticas y retiradas forzosas tanto como a cambios de rumbo y avances, y a acciones y eventos cuya auténtica significación solo emergería en el curso ulterior de los eventos» (ibíd.). En segunda instancia, Marx no se reduce a exponer simples coincidencias o sucesiones temporales, sino que se concentra en coyunturas más complicadas: «clasifica acciones, eventos y períodos en escenarios de acuerdo con sus implicancias coyunturales [...] para las acciones de diferentes actores, identidades, intereses, horizontes de acción, estrategias y tácticas»; además, Marx «interpreta los períodos desde diversas perspectivas» (ibíd.). Por último, en lugar de proporcionar una sola explicación narrativa identificando una sola serie temporal de acciones y eventos, Marx se basa «en una estructura interpretativa orientada a la interacción contingente, sobredeterminada, de más de una de esas series» (ibíd.). En función de esto, el ensayo despliega una narración marcada por «repetición y aplazamiento, tragedia y farsa, política elevada y baja astucia, teatro político y violencia colectiva», y esto ante un trasfondo en el cual «se está consolidando gradualmente un capitalismo nacional francés y moderno a la vez en la ciudad y el campo, en el contexto

más amplio de un mercado mundial crecientemente integrado. Esto provee la base para una narrativa compleja» (ibíd.: 184-185).

El dinamismo narrativo y teórico de *El dieciocho brumario* ha sido destacado positivamente por numerosos intérpretes. Como expresiones de esta disposición esencialmente dialéctica se mencionan la actitud lúcida y no intransigente con que Marx considera el comportamiento de las diversas clases fracciones –así: de la aristocracia terrateniente, de la pequeña burguesía, del campesinado, o del capital industrial comercial y financiero– y de sus intereses en parte contradictorios (Schmidt, 2018: 53). Asimismo, se celebra el alto grado de autonomía que las creencias, ideas y, en general, los diversos componentes de la «superestructura» ideológica poseen en relación con la «base» material. En particular, Marx advierte «contra cualquier concepción vulgar o mecanicista de la relación entre una clase y sus representantes, principalmente intelectuales» y advierte para que «*no se identifique* la condición de los *representantes* de una clase social con la condición de *masas* de esa clase. Los ideólogos que expresan los intereses de los *shopkeepers* no son necesariamente *shopkeepers*» (Netto, 2021: 258). Es así que, por ejemplo, la fracción de los republicanos «puros» es apenas una camarilla político-intelectual unificada solo por las antipatías políticas y por los sentimientos nacionalistas compartidos por sus integrantes, lo que evidencia que Marx no reconoce la existencia de «una proporción de uno a uno entre el partido y los intereses de clase económicos» (Jessop, 2002: 186). También en las consideraciones sobre el Estado en general y sobre el bonapartista en particular se ha visto una superación de las anteriores concepciones de Marx acerca de la relación entre la clase capitalista y las instituciones estatales. Pero esto requiere un tratamiento más detallado.

3. La teoría del Estado

Una observación recurrente acerca de *El dieciocho brumario* es que las ideas acerca del Estado que en él se desarrollan representan un avance respecto de ciertas concepciones mecanicistas presentes en escritos anteriores. El término de comparación habitual es nuevamente el *Manifiesto*, donde se dice que, desde el momento en que la burguesía «conquistó finalmente por medio de la lucha, desde la creación de la gran industria y del mercado mundial, el dominio político exclusivo en el Estado representativo moderno», el poder estatal moderno «es solo una comisión que administra los negocios comunitarios de la integra clase burguesa» (Marx, 2008: 28). Vale la pena comentar de pasada que la fórmula «no es más que» habría de tener una lastimosa presencia en la historia posterior del marxismo. En tiempos de ascenso del fascismo, Arthur Rosenberg aseguró que este no es más que una forma moderna, enmascarada como populista, de la contrarrevolución capitalista burguesa. Se ha dicho con razón que la derrota de los partidos de izquierda en Italia y Alemania aporta la categórica desmentida práctica para este «no es más que» (Kracauer, 2013: 12). La formulación presente en el *Manifiesto*, por un lado, se aviene mejor con una pieza propagandística y programática que con un análisis histórico minucioso como el que se desarrolla en el ensayo publicado en 1852, o con la rigurosidad teórica y científica que caracteriza a los escritos dedicados a la crítica de la economía política. Pero, por otro lado, es pertinente indagar si las ideas sobre el Estado presentes en *El dieciocho brumario* muestran alguna alteración respecto de los juicios anteriores. Se ha identificado en Marx una tensión entre dos concepciones acerca del Estado: una que entiende a este como un instrumento controlado por la clase capitalista, y otra que tiende a reconocer la autonomía relativa del

Estado respecto de la clase. Suele decirse que la primera concepción, cuestionada por su reduccionismo y designada como *instrumentalista*, es aquella que mejor define la teoría de Marx y, genéricamente, la del marxismo. En un estudio sólido sobre el tema, Paul Wetherly asegura rotundamente que el concepto instrumentalista, que incluye la posibilidad «de que el Estado sea usado como un instrumento por la clase trabajadora es la idea más obvia dentro de un simple marco marxista», pero «podríamos fácilmente identificar una variedad de intereses que podrían buscar controlar el poder estatal, incluyendo clases no capitalistas y fuerzas sociales que no son clases» (2002: 197). Esta aseveración encierra varios equívocos. En primer lugar, cae en la usual simplificación de concebir al marxismo como una suerte de orden religiosa o como una entidad emplazada en el reino platónico de las ideas de la cual los marxistas individuales serían tan solo una encarnación unívoca y simple. Por efecto de una cosificación tal, quedan borrados tanto la historia como el disenso. En segunda instancia, imagina que el propósito de Marx era meramente convertir el poder estatal en un instrumento del proletariado. Marx, sin embargo, insiste en que este es producto y parte integrante del capitalismo antes que su genuina negación, y que la realización de un futuro emancipado significaría la abolición de la clase trabajadora –junto con la de la ley del valor y el trabajo abstracto– antes que su conversión en una «clase universal». En relación con esta problemática podría colocarse un pasaje de la carta a Louis Kugelmann del 12 de abril de 1871, donde Marx sugiere lo siguiente:

> Si vuelves a leer el último capítulo de mi *Dieciocho brumario*, verás que expreso allí la idea siguiente: el próximo intento revolucionario en Francia no deberá hacer pasar de unas manos a otras el aparato burocrático-militar, como ha suce-

> dido hasta ahora, sino *destruirlo*. Y esta es la condición previa para cualquier verdadera revolución popular en el continente (Marx *et al.*, 1975: 207).

Estos puntos de vista sobre el Estado aparecen desarrollados con mayor detalle en *La guerra civil en Francia* (1871), donde se advierten las expectativas puestas por el Marx en que el proletariado se apodere del poder estatal con vistas a suprimirlo. La represión y el aplastamiento de la Comuna, aunque no menos sangrientos que los de la insurrección parisina de 1848, no dejaron en Marx la misma impresión de derrota. El pensador alemán celebró a aquella como una anticipación notable de lo que podrían conseguir los levantamientos revolucionarios si se mostraran dispuestos a transformar desde la base las instituciones burguesas, y solo lamentó el «sacro respeto» con que los insurrectos se detuvieron «respetuosamente ante las puertas del Banco de París. Esto fue también un serio error político. El Banco en manos de la Comuna: esto valía más que diez mil rehenes» (Marx, 2021: 232). Esto significaba «la presión de toda la burguesía francesa sobre el gobierno de Versalles a favor de la paz con la Comuna» (ibíd.). Marx aplaude los numerosos aciertos de la Comuna: la renuencia a todo compromiso y, ante todo, la creatividad de los *communards*, cuyas medidas atacaban el centro del orden burgués; persuadidos de que la clase trabajadora «no puede simplemente apoderarse de la maquinaria de Estado ya concluida y ponerla en movimiento para sus propios fines» (ibíd.: 289), establecían que todas las ocupaciones debían ser asumidas por esa misma clase, a través de funcionarios elegidos mediante sufragio universal, responsables y revocables, de modo que se consiguiera realmente un gobierno del pueblo y para el pueblo. Asimismo, se proponían eliminar el ejército y la policía heredados, instrumentos de represión para la defensa del orden bur-

gués; los jueces y magistrados debían ser elegidos también por sufragio y revocables en cualquier momento; desde los miembros de la Comuna hacia abajo, los servidores públicos debían recibir salarios de trabajadores.

Toda esta reflexión, que completa y amplía la de *El dieciocho brumario*, apunta a subrayar el carácter inédito de que una clase social no solo decida, sino que también logre someter a sus propios designios conscientes el funcionamiento de las instituciones políticas y de la economía, y que en el marco de ese proyecto se disponga la supresión del Estado. Esto ya se aparta de la postulación que hace Wetherly de una «administración proletaria» como objetivo de Marx. Pero el problema es todavía más complejo: cuando le atribuye a Marx la creencia de que el Estado es un instrumento de la clase capitalista, Wetherly desconoce una de las bases de todo el pensamiento tardío de Marx: el hecho de que, a diferencia de las *dominaciones personales* del pasado, el capitalismo es *un sistema de dominación abstracta*; un sistema que, surgido históricamente como producto de la acción humana, posee sin embargo un carácter impersonal, autónomo, cuasi objetivo, que se les contrapone a las personas como una suerte de destino. En condiciones tales, los procesos económicos se desarrollan, como dice a menudo Marx, a espaldas de los seres humanos, quienes, al margen de su situación de clase, se ven compelidos a observar la dinámica social como un movimiento de cosas bajo cuyo control ellos se encuentran, en lugar de controlarlo. Los procesos económicos, tal como sostiene Marx específicamente a propósito de las magnitudes de valor, tienen lugar «independientemente de la voluntad, las previsiones o los actos de los sujetos» (Marx, 1975: I/1, 91). Reducidos los seres humanos a objetos manipulables, es el capital –una sustancia inorgánica, muerta– quien asume el papel activo de determinar el proceso socioeconómico; y en este sentido ha podido hablar

Marx del valor como *sujeto automático* (ibíd.: 188), o como «una sustancia en proceso, dotada de movimiento propio, para la cual la mercancía y el dinero no son más que meras formas» (ibíd.: 189). En este sentido, podría a lo sumo plantearse la hipótesis de que el Estado, bajo las circunstancias fetichizadas de la sociedad burguesa, es un instrumento, no de la clase capitalista, sino *del capital*. Esta es una diferencia más profunda de lo que podría acaso suponer a primera vista. Explica que el ascenso político de Napoleón III haya significado la consolidación de condiciones que favorecieron notablemente la acumulación del capital, más allá de los intereses expresos de los agentes individuales o colectivos. El propio Wetherly confirma esto, aun cuando su formulación resulte en parte equívoca:

> el régimen bonapartista, a pesar de su independencia respecto de la clase capitalista, salvaguarda la sociedad capitalista. Así, en efecto, parece importar poco si la clase capitalista es capaz o no de apropiarse del poder político, ya que, en cualquier caso, el contexto estructural del Estado induce *la misma misión de asegurar los intereses de la clase dominante* (Wetherly, 2002: 198; las bastardillas son nuestras).

Habría sido ciertamente más apropiado escribir: los intereses del capital. De hecho, Marx muestra de manera expresa hasta qué punto la clase capitalista francesa se ve constreñida una y otra vez a realizar acciones que se oponen a sus propios intereses. Esto puede verse, por ejemplo, en relación con el Estado francés, lo que en sí contradice cualquier definición de este como mero instrumento al servicio de dicha clase. Así, Marx comenta de qué modo la Asamblea Nacional tenía que reducir la administración estatal si quería robustecer su propio poder. Pero esto no resultaba sencillo, por un lado, porque «el *interés material* de la burguesía francesa se encuentra precisamente imbricado del modo más íntimo

con la preservación de aquella amplia y vastamente ramificada maquinaria estatal» (*infra*, p. *). Por otro, porque «su *interés político* la obliga a ampliar a diario la represión y, por ende, los medios y el personal del poder estatal», mientras que, a la vez, debía «llevar adelante una guerra ininterrumpida contra la opinión pública, y debía mutilar y paralizar recelosamente los órganos motrices independientes de la sociedad cuando no conseguía amputarlos por completo» (p. *). De esta manera, la burguesía francesa se vio compelida «a raíz de su posición de clase, a aniquilar, por un lado, las condiciones de vida de todo poder parlamentario, aun las del suyo propio; por otro, a volver irresistible el poder ejecutivo, que le era hostil» (p. *). En medio de estas y, en sí, de toda una multiplicidad de antagonismos, se gestaron las condiciones para que Luis Bonaparte ejecutara su golpe de Estado, aprovechando el triunfo en los sufragios para suspender las propias condiciones que lo llevaron al poder. Dicho de manera más concreta: el presidente legitimado por las elecciones es precisamente quien en primer lugar las restringe y luego las suprime. Esta paradoja requiere dar cuenta del particular régimen político de Napoleón III y del modelo de liderazgo que lo legitimó durante dos decenios.

4. La definición del bonapartismo

La discusión sobre si el modelo de gobierno gestado durante el Segundo Imperio representa una instancia totalmente excepcional que, en cuanto tal, se distingue del funcionamiento «normal» de la Modernidad capitalista o si, en cambio, constituye una posibilidad concreta y recurrente ha sido retomada una y otra vez después de la publicación del ensayo de Marx. Debates similares se han desarrollado a propósito de otras dimensiones del pensamiento marxiano (pensemos, por ejemplo, en las controversias en torno a la

excepcionalidad de la acumulación originaria, retomadas en relación con las diversas modalidades de *acumulación por desposesión* propiciadas por la neoliberalización). En 1865, Engels todavía caracteriza al bonapartismo como un fenómeno inusual: lo define como «una suerte de reacción que, en el último tiempo, ha tenido mucho éxito y que, en el caso de ciertas personas, está muy de moda» (Engels, 1962: 71). El bonapartismo es

> la forma de Estado necesaria en un país en el que la clase trabajadora, que se encuentra en un nivel elevado de desarrollo en las ciudades, pero es sobrepasado numéricamente por los pequeños campesinos en el campo, ha sido derrotado, en una gran lucha revolucionaria, por la clase capitalista, la pequeña burguesía y el ejército (ibíd.).

La definición engelsiana describe condiciones tan específicas que parece difícil aplicarla a circunstancias diferentes de las que dieron lugar al Segundo Imperio. La reseña del escenario político francés en 1848 no hace otra cosa que realzar esa peculiaridad: una vez aplastada la insurrección de junio, la burguesía no poseía la fortaleza suficiente para sustentar su hegemonía. A la cabeza del gobierno se hallaba el ejército –«el verdadero triunfador»– apoyado en la clase campesina, que demandaba paz y estabilidad frente al prolongado caos provocado por los tumultos urbanos. La forma de esta dominación, según Engels, fue «obviamente, el despotismo militar; su jefe natural, su sucesor hereditario, Luis Bonaparte» (ibíd.). La función más concreta del bonapartismo sería, frente a esta situación, obstruir transitoriamente un enfrentamiento abierto entre capitalistas y proletariado. Por un lado, «protege a la burguesía de los ataques violentos de los trabajadores, propicia una pequeña escaramuza pacífica entre ambas clases y sustrae, en lo demás, a unos y otros de todo rastro de poder político» (ibíd.). Quedan cancelados el

derecho de asociación, el derecho de reunión, la libertad de prensa, las elecciones abiertas; una parte de la burguesía y de los trabajadores son directamente comprados: aquella, «mediante colosales estafas crediticias a través de las cuales el dinero de los pequeños capitalistas es atraído al bolsillo de los grandes»; estos, «mediante colosales obras públicas que concentran en las grandes ciudades, junto al proletariado natural, autónomo, a un proletariado artificial, dependiente del gobierno» (ibíd.: 71-72). Finalmente, el orgullo de la nación es halagado «mediante guerras aparentemente heroicas que, sin embargo, son llevadas adelante, con el alto permiso de las autoridades europeas, contra el chivo expiatorio universal del momento, y solo bajo condiciones tales que la victoria esté garantizada desde el vamos» (ibíd.: 72). Lo máximo que puede prometer un gobierno de estas características es que trabajadores y burguesía encuentren un reposo de las habituales luchas, y que la industria se desarrolle de manera intensa, de modo que terminen por conformarse los elementos para una lucha nueva y más intensa que se desencadenará en cuanto ya no exista la necesidad de ese punto de reposo: «Sería la más alta cúspide de la estupidez esperar más para los trabajadores por parte de un gobierno que precisamente solo existe a fin de contener a los trabajadores frente a la burguesía» (ibíd.).

Se advierte, sin embargo, una cierta ambivalencia en los análisis de Engels. Por un lado, un convencimiento (sustentado, a la vez, por una buena medida de deseo) de que el bonapartismo es una excepción respecto de la «legalidad» burguesa; por otro, el reconocimiento de que, como se lee en una carta a Marx del 13 de abril de 1866, dicho régimen, «que promueve los grandes intereses materiales de la burguesía» es «realmente la verdadera religión de la burguesía moderna». La así llamada *teoría del balance* ha sido un modo de conceptualizar –y generalizar– el fenómeno; en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), se lee que

> el moderno Estado representativo es el instrumento de que se sirve el capital para explotar el trabajo asalariado. Sin embargo, por excepción, hay períodos en que las clases en lucha están tan equilibradas que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea respecto a una y otra. En este caso se halla la monarquía absoluta de los siglos XVII y XVIII, que mantenía a nivel la balanza entre la nobleza y la burguesía; y en este caso estuvieron, también, el bonapartismo del primer imperio francés y, especialmente, el del segundo, valiéndose de los proletarios contra la clase media y de esta contra aquellos. La más reciente producción de esta especie, donde opresores y oprimidos aparecen igualmente ridículos, es el nuevo imperio alemán de la nación bismarckiana: aquí se contrapesa a capitalistas y trabajadores unos con otros y se les extrae el jugo sin distinción en provecho de los *Junkers* prusianos de provincias venidos a menos (Engels, 2007: 260-261).

Esta ampliación, que permite incluir variedad de regímenes además del Segundo Imperio –desde la monarquía absolutista a la Alemania de Bismarck–, fue aprovechada luego para dar cuenta de nuevas circunstancias históricas. En la década de 1930, Trotski buscó ampliar las teorías de Marx y Engels en sus análisis del nazifascismo; más tarde, «amplió aún más la analogía y la aplicó al centralismo burocrático de Stalin, al que denomina "bonapartismo soviético"» (Celikates/Loick, 2016: 128). El análisis del Segundo Imperio en cuanto anticipación de los regímenes fascistas ocupa un lugar prominente en las investigaciones de Walter Benjamin y Siegfried Kracauer durante la década de 1930. Carlos Eduardo J. Machado ha evidenciado, en varios análisis, el modo en que ambos pensadores consideran

> la historia de Francia, particularmente de la ciudad de París, durante el Segundo Imperio como forma originaria de la

> Modernidad: el gobierno de Napoleón III, como *la primera dictadura moderna*; aspecto decisivo del análisis original que ambos desarrollaron sobre los orígenes de la Modernidad, un elemento obliterado por la literatura secundaria sobre los dos autores, es decir, la forma en que interpretan la dinámica cultural de la *lucha de clases* del período (Machado, 2007: 95-96).

En ensayos como «El París del Segundo Imperio en Baudelaire» (1938) y «Sobre algunos temas en Baudelaire» (1938), así como en los materiales para el proyectado libro sobre los pasajes parisinos, Benjamin deja entrever algunas de las semejanzas básicas entre la Francia de Napoleón III y la Alemania de Hitler. El irracionalismo de los lúmpenes manipulados políticamente por Louis Bonaparte –según Marx, el «jefe del lumpemproletariado»– y de los conspiradores de profesión es la prefiguración de las hordas fascistas. El «embellecimiento estratégico» de París planificado y ejecutado por Hausmann, la estetización de la política destinada a embotar la penetración política de las masas, la militarización de la sociedad son otras tantas afinidades que ponen en evidencia que la Alemania del Tercer Reich bien podría hacer suya la cita de las *Cartas desde París* de Karl Gutzkow que Benjamin coloca como epígrafe del parágrafo final del *exposé* «París, la capital del siglo XIX»: «Mi buen padre estuvo en París» (Benjamin, 2005: 48). En el caso de Kracauer, el rastreo de semejanzas es aún más intensivo. Enzo Traverso ha mostrado, a propósito de *Offenbach* y el París de su tiempo (1937), que, por un lado, el libro

> se refiere al Tercer Reich y al Segundo Imperio, dos dictaduras militares que, surgidas de la aniquilación del movimiento obrero, habían intentado asentar su poder, más allá de la represión, en la distracción de las multitudes [...]; por otro lado, Kracauer no podía dejar de ver, en la bohemia cosmopolita y «extraterritorial» de los bulevares parisinos

> en la época de la Monarquía de Julio y, a continuación, del Segundo Imperio [...], la imagen anunciadora de los exiliados alemanes, antifascistas y judíos, de los años treinta del siglo XX. Sin duda había algo del exiliado Kracauer en su retrato del *flâneur* que, «errando sin norte» por las calles parisinas, se sentía arrastrado por «la nada que experimenta en él y a su alrededor» (Traverso, 2010: 48-49).

Olivier Agard ha señalado que en la «lectura claramente "bonapartista"» que ofrece Kracauer acerca del nacionalsocialismo en el *Offenbach* es ostensible la influencia de la *Historia de la revolución rusa* (1932) de Trotski, donde la categoría es aplicada al stalinismo. Para la elaboración del *Offenbach*,

> Kracauer ha leído meticulosamente *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, y la tesis central del libro, a saber: que el Segundo Imperio es un régimen de opereta que la opereta de Offenbach permite desenmascarar, le ha sido inspirada por Marx. [...] La idea marxiana de la farsa siniestra es reemplazada por Kracauer por la idea de opereta, lo que le permite evidentemente establecer la conexión con Jacques Offenbach (Agard, 2010: 219).

Como el *Führer*, también Napoleón III busca estetizar la política y disfraza, bajo un diluvio de imágenes, los antagonismos sociales más profundos, cuya exteriorización suscitaría una acción revolucionaria. Enmascarado bajo ilusorias fantasmagorías, el Segundo Imperio es, para Kracauer, una farsa o una sociedad de opereta que, en cuanto tal, habría encontrado en Offenbach su expresión artística más acabada. La significación histórica del músico alemán radicado en París, un *alter ego* de Kracauer, se debe sobre todo a que el género cultivado por él con mayor éxito –la opereta– constituía el vehículo de representación más apropiado para una realidad que se había vuelto esencialmente satírica: la alta seriedad, la elevación trágica que pudieron caracterizar tal

vez a los tiempos de la gran Revolución o del Primer Imperio se habían tornado inútiles para dar cuenta del mundo prosaicamente degradado que sucede al aplastamiento de la insurrección de junio de 1848.

El estudio *Totalitäre Propaganda* [Propaganda totalitaria], compuesto entre 1936 y comienzos de 1938, representa el intento más exhaustivo y ambicioso, por parte de Kracauer, para elaborar una teoría propia sobre el fascismo. Es significativo que la figura tutelar a la que se remite Kracauer para justificar sus posiciones sea el Marx de *El dieciocho brumario*, quien había declarado que la banda agrupada en torno a Napoleón III no puede ser clasificada en un estrato social determinado: «En la corte, en los ministerios, en la cima de la administración y del ejército, se apiña una muchedumbre de sujetos; del mejor de ellos puede decirse que no se sabe de dónde viene. Se trata de una bohemia ruidosa, de mala fama, ávida de saqueos» (*infra*, p.). En otro pasaje, Marx define con mayor detalle la composición abigarrada de esa banda:

> roués arruinados [...], junto a depravados y aventureros vástagos de la burguesía, vagabundos, soldados despedidos, convictos liberados, esclavos evadidos de las galeras, estafadores, saltimbanquis, lazzaroni, carteristas, prestidigitadores, jugadores, maquereaus, rufianes, estibadores, literatos, organilleros, traperos, afiladores, caldereros, mendigos; en suma, toda aquella masa indeterminada, difusa y arrastrada de un lado a otro a la que los franceses llaman la bohème (*infra*, p. *).

La naturaleza socialmente irracional del lumpemproletariado se transfiere al comportamiento de los conspiradores, pero también encuentra su correlato en la política de Napoleón III, a quien no en vano definió Marx como *jefe del lumpemproletariado*; un jefe que «en esta escoria, desecho, residuo de todas las clases reconoce a la única clase en la

que puede apoyarse incondicionalmente» (*infra*, p. *). Si aquí Napoleón III es el precursor de Hitler, y la bohemia de conspiradores, un antecedente de la horda fascista, en *Totalitäre Propaganda* se resalta la afinidad existente entre la irracionalidad política expresa de Hitler o Mussolini y el nihilismo que define a la variopinta base social del fascismo, en la que confluyen, junto con el lumpenaje urbano, «los empleados proletarizados, los pequeños rentistas desempoderados, los trabajadores autónomos arruinados, los ex oficiales, los representantes de las sobreabundantes profesiones libres, los académicos, los intelectuales», además de «los grupos de los campesinos, los funcionarios movilizados» (Kracauer, 2013: 116). Si la posición de esta *bohème*, en su reacción frente a la expansión del capitalismo monopólico, es confusa y anárquica, también lo es la propaganda impulsada por el aparato fascista y la conducta básica de sus líderes; según indican unas reflexiones de Hans Michael Müller citadas por Kracauer, el Nacionalsocialismo «surgió a través de la afirmación de lo incalculable, de la renuncia a la claridad programática, de la voluntad por lo incierto, en virtud de la certeza que está viva en él. Indeterminación de la postulación de fines, condicionada por intereses divergentes» (ibíd.: 24). Esta voluntad por lo incierto, es decir, según Kracauer, «la voluntad de no admitir consolidaciones, de no reconocer ninguna instancia objetiva» es lo que diferencia «fundamentalmente al movimiento fascista y al nacionalsocialista del comunismo» (ibíd.). La pasión de la bohemia fascista por la guerra, que viene a satisfacer su voluntad de poder, traza un arco entre las fantasías totalitarias de las camarillas fascistas y el afán de destrucción que definía al antepasado de aquellas catervas, la tradición conspirativa. Esta irracionalidad se alimenta de un resentimiento que, en tiempos de crisis, promueve la transformación de las masas en una *mob* dominada por impulsos masoquistas y sádicos. La influencia del

ensayo de Marx sobre *Totalitäre Propaganda* podría ser detectada en otros aspectos, que no podríamos desarrollar aquí.

La influencia de la teoría del bonapartismo ha sido también significativa en Latinoamérica. A propósito de su gravitación sobre el pensamiento político argentino, Horacio Tarcus ha observado el modo en que diversos trotskistas apelaron «a la categoría "bonapartismo" para intentar descifrar la súbita consolidación del gobierno del coronel Juan D. Perón» (2023: 43). No solo se trazaron semejanzas entre Napoleón III y Perón, sino también entre las políticas de Estado del Segundo Imperio y la planificación del primer Justicialismo:

> El Estado peronista daba la sensación de autonomizarse de pronto, por encima de las clases en pugna, para arbitrar las pujas no solo entre el capital y el trabajo, sino también entre el imperialismo inglés en reflujo y el imperialismo estadounidense en franca expansión. Así lo entendieron, aunque con acentos distintos, Jorge Abelardo Ramos desde las páginas de la revista *Octubre* y Nahuel Moreno desde el periódico *Frente Proletario* (ibíd.).

La amplitud de la teoría permitió «a Ramos apoyar al peronismo como un "bonapartismo progresista" y a Moreno resistirlo como un "bonapartismo regresivo"» (ibíd.: 44). Sin embargo, la apelación al bonapartismo otorgó a los trotskistas «una ventaja epistémico-política sobre sus rivales socialistas y comunistas, quienes al combatir sin más al peronismo como un régimen de tipo fascista no lograban entender la férrea lealtad forjada entre el líder bonapartistas y las masas trabajadoras» (ibíd.). Tarcus añade que la categoría de bonapartismo «aparecía tan vívidamente ajustada a la figura de Eva Perón que Milcíades Peña, con su humor habitual, la denominó "el bonapartismo con faldas"» (ibíd.). Un empleo *sui generis* de la categoría hace David Viñas a la

hora de caracterizar los desplazamientos sinuosos de Ernesto Sábato dentro del campo intelectual argentino posterior a la caída del peronismo. En la medida en que «*la obsesión central de Sábato y su proyecto es convertirse en una moneda sacra, en un símbolo objeto de culto, en un cuerpo espiritualizado al máximo*» (1974: 111), el novelista argentino –recuperando un ademán adoptado anteriormente por Lugones– querría petrificarse en estatua predicando la conciliación entre las clases. El culto mitologizador de los héroes juega un papel central en ese programa: Sábato condena el «infantilismo» de los argentinos, que no saben honrar a sus figuras heroicas, y le enfrenta como modelo positivo y «maduro» el talante conciliatorio de la capital francesa, donde «saben "honrar" a Bonaparte aun quienes no lo aguantan» (ibíd.: 112). En la base de esta alabanza de la celebración de lo heroico se encuentra, según Viñas, el recóndito deseo del propio Sábato de ser inmortalizado como estatua; en suma: «la Argentina empezará una nueva era y será un país adulto el día que le levante una estatua a Sábato [...] y el equilibrio bonapartista, por fin, se habrá recuperado» (ibíd.: 112-113). Este afán de equilibrio, que mueve al novelista a proponer que se honre con estatuas simétricas a Sarmiento *y* a Facundo, representa por un lado lo muerto: «Estatuas, museos, historia congelada»; por otro, funda una política de la conciliación: «Bien con todos. Aristocracia, clases medias, obreros. [...] Literatura de fachada» (ibíd.: 13). En la demanda de monumentos para Sarmiento y Facundo se oculta el deseo de coagular la historia:

> ¿Hay que consentir? Consintamos: ¿por qué no la estatua del obrero frente a la estatua del señor? A ver si así se congelan las más concretas diferencias y su *bonapartismo equidistante y heroico termina por ser coherente*. [...] Por todo eso: si el bonapartismo de conciliación de clases con un eje sólido y el correlativo bonapartismo de estatuas heroicas y simétricas termina trá-

gicamente en el Lugones de 1930, con el Sábato de cuarenta años después ya concluye en farsa (ibíd.: 115).

La espectacularización de la política durante la actual fase neoliberal –todavía hegemónica, pero en crisis al menos desde 2008– del capitalismo autorizaría el desarrollo de análisis que, radicalizando las caracterizaciones mencionadas, definan ciertos modelos de liderazgo y de administración política y económica de nuestro tiempo como *farsas de la farsa*.

5. El liderazgo carismático de Napoleón III

Más allá de los méritos frecuentemente resaltados de la anatomía marxiana del Segundo Imperio, la investigación histórica posterior ha reconocido en ella una serie de fallas. Algunas tienen que ver con la descripción y la determinación de las funciones de las diferentes clases. Se ha sugerido que el campesinado francés de mediados a finales del siglo XIX no era congruente con la imagen de «idiotismo» político trazada en el *Manifiesto* y retomada en parte en *El dieciocho brumario*. Dorothea Schmidt ha mostrado que los campesinos no vivían, en Francia, en un vacío social, sino en comunidades jerárquicamente estructuradas que se habían distanciado de las condiciones feudales. Por otra parte, la Francia campesina no era homogénea, sino que presentaba diferencias de acuerdo con las relaciones de propiedad, las dimensiones de la propiedad rural, el peso de los remanentes feudales y la educación de la población (Schmidt, 2018: 43). La tesis marxiana de que la adhesión de los campesinos a Napoleón III obedecía a su escasa educación fue refutada por estudios recientes, que revelan que la situación es en realidad la inversa: la mayor simpatía por Luis Bonaparte se detectaba en la región del Nordeste, donde se registraban los más altos índices de alfabetismo. Había, en cambio, re-

giones en que habían tenido lugar levantamientos ya contra Napoleón I, y que estimaban en una medida importante la independencia regional: «así, en el Norte, en Bretaña, en el Sur mediterráneo y al oeste del valle del Ródano; y, por cierto, especialmente entre los campesinos del Sur, las tendencias republicanas coincidían a menudo con las socialistas» (ibíd.). Es significativo que el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 haya desencadenado, en varios distritos del centro y del Sur, diversas manifestaciones, ocupaciones de ayuntamientos y levantamientos armados contra la violación de la Constitución. La presidencia intervino rápidamente para declarar, en tales localidades, el estado de sitio y para ordenar el encarcelamiento o la ejecución de miles de insurrectos. Se formularon objeciones, asimismo, contra la caracterización marxiana del lumpemproletariado y de su papel en el ascenso de Napoleón III: según argumenta Schmidt, no fueron «grupos marginales de la sociedad que veían en Bonaparte a su salvador, sino miembros de los estratos sociales más diversos del centro de la sociedad quienes sucumbieron ante el mito nacional y confiaron en el "hombre fuerte"» (ibíd.: 53).

Esta última observación incluye una referencia a una suerte de punto ciego en la argumentación de Marx: este comienza su ensayo declarando que su propósito es mostrar «cómo la *lucha de clases* creó en Francia las circunstancias y condiciones que permitieron que un personaje mediocre y grotesco asumiera el papel del héroe» (*infra*, p. *). Más allá de que el énfasis metodológico sobre el papel de las luchas de clases es un valioso correctivo frente a aquellos enfoques que sobreestiman el papel de los «grandes» hombres en los acontecimientos y procesos históricos modernos, Marx minimiza la incidencia que, en diferentes contextos, han tenido los liderazgos carismáticos *precisamente* bajo las condiciones de la Modernidad. La ascensión de los fascismos en la pri-

mera mitad del siglo XX y la de diversas expresiones de neofascismo en nuestro presente confirman la necesidad de tomar seriamente en consideración la tendencia que muestran las masas, en determinadas coyunturas, a depositar en un mesías o un mito –por ridículo que esto pueda parecer desde un punto de vista ilustrado– ciertas expectativas de compensación frente a las amenazas de una dinámica social que se les presenta a aquellas como abstracta y enigmática. Una enseñanza del nazifascismo es que la fuerza de atracción de los liderazgos suele intensificarse en circunstancias en que la autoestima de un pueblo se encuentra severamente dañada por reveses históricos. Este es el caso de la Francia de la Monarquía de Julio y la Segunda República. Buena parte de la adhesión que despertó Louis Bonaparte –y que encuentra una expresión contundente en el 75 % de los votos obtenidos en la elección para la presidencia el 10 de diciembre de 1848– se explica a partir de una propaganda que supo invocar el pasado esplendor de Francia como un programa para el futuro y como una categórica antítesis de un presente concebido como una época de decadencia. Una pieza decisiva del programa fue la autopresentación de Louis Bonaparte como un directo continuador de Napoleón Bonaparte, al que se presentaba ligado tanto por la sangre como por las ideas. Se impone de inmediato preguntar cuál es la imagen del tío que diseñó el programa propagandístico del sobrino. Algunos de los trazos principales de esa construcción pueden extraerse de *Des Idées Napoléoniennes* (Ideas Napoleónicas), un escrito del «príncipe Napoleón-Louis Bonaparte» publicado por primera vez en 1839: «un largo panfleto en que él exponía los méritos del gobierno napoleónico, los contrastaba con las decepciones que ahora tenían que sufrir los franceses y se presentaba a sí mismo como el heredero y guardián de la tradición bonapartista» (Watkins, 2002: 166). El autor del panfleto delinea una imagen de Napoleón I

como artífice de una venturosa síntesis de tendencias en apariencia antitéticas. Heredero y garante de las conquistas de la Revolución Francesa, el emperador habría sido, a la vez, un impulsor del orden social y la estabilidad. Aun cuando es consciente de que no podría borrar, en el pueblo francés, la representación del emperador como admirado hombre de guerra, Luis Bonaparte sabe que los ánimos de un amplio sector de la sociedad francesa están orientados hacia la concordia y el sosiego y concluye su escrito afirmando que

> la idea napoleónica no es una idea de guerra, sino una idea social, industrial, comercial, humanitaria. Si, para algunos hombres, ella aparece siempre rodeada del relámpago de los combates, es que ella estuvo, en efecto, durante demasiado tiempo envuelta en el humo del cañón y la pólvora de las batallas. Pero hoy las nubes se han disipado, y se entrevé, a través de la gloria de las armas, una gloria civil más grande y más duradera (Bonaparte, 1860: 171).

Napoleón I habría sido, a los ojos de su sobrino, a la vez monárquico y republicano: si se coronó a sí mismo emperador, lo habría hecho solo con vistas a afianzar los principios democráticos; y es así que a fin de «obviar esta carencia de estabilidad y continuidad que es la mayor carencia de las repúblicas democráticas» se habría tornado necesario «crear una familia hereditaria que fuera la conservadora de esos intereses generales y cuyo poder no estuviera fundado sino sobre el espíritu democrático de la nación» (ibíd.: 19). El «príncipe» Luis Napoleón no deja de subrayar que «todo lo que llevó adelante Napoleón para operar una fusión general lo hizo sin renunciar a los principios de la revolución» (ibíd. 33-34). El emperador habría contribuido «más que ningún otro a acelerar el reino de la libertad salvando la influencia moral de la revolución y reduciendo los temores que esta inspiraba» (ibíd. 11-12). La doble orientación del régimen imperial se encon-

traría encarnada en las Constituciones imperiales, cuyos dos principios eran «La igualdad civil, de acuerdo con el principio democrático» y la «jerarquía, de acuerdo con los principios de orden y de estabilidad» (ibíd.: 81). Geoff Watkins destaca la importancia de que ni Napoleón I ni su sobrino hayan profesado el «feroz anticlericalismo de los republicanos jacobinos, y que hayan preferido ver la religión como un modo de reforzar el orden civil. Luis Napoleón se refirió tanto a la necesidad de religión si es que ha de florecer la libertad como al hecho de que Napoleón había vuelto libre la adoración pública»; en su manifiesto presidencial, este se tomó el cuidado de «dar garantías a los católicos que pudieran sentirse amenazados por la nueva República» (2002: 168). En el panfleto de 1839, se había atrevido incluso a trazar un paralelo entre la génesis de la libertad republicana y los orígenes de la religión cristiana. En sus comienzos, esta habría excitado, como aquella, «el temor y el odio de los pueblos»; tuvo a sus órdenes a «ejércitos y reyes; Constantino y Carlomagno la llevaron triunfante a través de Europa» (1860: 11). Pero ahora «la religión depuso sus armas de guerra; descubre ante los ojos de todos los principios de orden y de paz que encerraba y se convirtió en el elemento organizador de las sociedades [...]. Ocurrirá esto mismo con la libertad. Ella ha recorrido las mismas fases» (ibíd.). Así como se mostraba, al mismo tiempo, como el garante del orden y la estabilidad y como el promotor de la libertad democrática y la carrera abierta a los talentos, Luis Napoleón también se exhibía como amigo y protector de las clases populares. Explotando, también en este aspecto, el mito del primer emperador, Luis Napoleón

> añadió sustancia política a aquellas imágenes recibiendo a los Republicanos Radicales en prisión, estableciendo conexiones con el diario de los artesanos progresistas *L'Atelier* y, sobre todo, escribiendo *Sobre la extinción del pauperismo* en 1845. En

> esta obra, mostraba que estaba enterado de los apremios de los pobres en tiempos en que el gobierno parecía no ofrecer otra cosa que negligencia y proponía soluciones, incluyendo la idea de talleres nacionales muy próximos a los del republicano socialista Louis Blanc (Watkins, 2002: 169).

Esta variedad de recursos contribuyó a cimentar la estampa del candidato a presidente, tanto como la del presidente y el emperador, como un líder carismático. Es característico que la retórica en la que se basó la propaganda bonapartista haya sido una retórica que apela a las emociones y creencias de los destinatarios más que una fundada en argumentos teóricos e ideológicos. Entre los procedimientos que empleó Luis Bonaparte para conquistar la benevolencia popular se halla la instauración de diversas asociaciones entre él y su tío como víctimas de la proscripción. Exponente significativo de esta estrategia es el escrito «Aux Mânes de l"Empereur» (A los Manes del Emperador, 1840), compuesto en ocasión de la repatriación de las cenizas de Napoleón I, en diciembre de 1840, y de nuevo firmado, por quien sería luego presidente, como Napoleón-Louis Bonaparte. Encarcelado, por entonces, en la ciudadela de Ham luego de un frustrado intento de golpe de Estado en agosto de 1840, el sobrino evoca la sombra del tío a fin de presentarse como el natural continuador de sus hazañas:

> Señor, el quince de diciembre es un gran día para Francia y para mí. Desde el centro de vuestro suntuoso cortejo, desdeñando ciertos homenajes, habéis arrojado durante un instante vuestros ojos hacia mi sombría morada y, recordando las caricias que habéis prodigado a mi infancia, me habéis dicho: «¡Tú sufres por mí; amigo mío, estoy contento contigo!» (Bonaparte, 1840: 2).

Todavía en 1848 seguía echándose mano a estos paralelismos; testimonio de esto es un volante en el que Napoleón

I aparece, con la chaqueta gris y el tricornio, presentándole a su sobrino una figura alegórica femenina que personifica a Francia. La imagen iba acompañada por cinco versos de una canción «dirigidos por el emperador a Francia; cada uno termina con el mismo llamamiento a devolver el amor que él siempre mostró hacia su país con un amor igual hacia el heredero por él escogido, quien, se nos recuerda, es su ahijado» (Watkins, 2002: 171). No menos enfático es un escrito propagandístico cuyo título es de por sí elocuente: *Lettre adressée du Ciel par l'Empereur Napoléon à son Neveu le Prince Louis Bonaparte* (Carta enviada desde el Cielo por el Emperador Napoleón a su Sobrino el Príncipe Luis Bonaparte, 1848), en que Napoleón I «insta a su sobrino a no esperar nada para él mismo, sino a pensar siempre en el "pueblo"; haz esto, dice, "y tendrás tu lugar a mi lado, y te bendeciré tal como bendigo a todos los que hacen contribuciones para nuestra bella Francia"» (ibíd.). Todos estos artilugios secundaron la eficaz configuración de Luis Bonaparte como líder carismático. Pero la permanencia del Segundo Imperio se fundará aún más que sobre ella en unas políticas de modernización que, entre otras cosas, favorecieron en una medida considerable la acumulación del capital.

6. París, la capital del siglo XIX. Políticas de modernización del Segundo Imperio

La efigie de Napoleón III como fascinante conductor político y espiritual del pueblo francés se apoyó en una amplia campaña propagandística que habría de funcionar como modelo para posteriores regímenes autoritarios. Convencido de que una de las condiciones para su éxito como emperador debía ser la «pacificación» de Francia –en otras palabras: la extinción de cualquier conato revolucionario–, Luis Bonaparte desplegó una vasta campaña orientada a

convencer a las clases populares y a los sectores medios de la necesidad de consolidar el orden y la estabilidad. Una pieza clave dentro de este programa –y un medio para afianzar su propia autoridad– fue emprender una serie de giras por la provincia, durante las cuales, «empleando invariablemente el uniforme militar, el Emperador posaba como el símbolo de la unidad nacional y como el caudillo militar supremo. Este resurgimiento del Estado monárquico era glorificado en la escuela, la iglesia y los *mass media* en desarrollo» (Price, 2002: 150). El emperador, que ya durante su gestión como presidente había hecho acuñar monedas e imprimir estampillas con su efigie, multiplicó las estrategias de canonización. Así, el 10 de mayo de 1852, «nuevas banderas y águilas imperiales fueron distribuidos en un desfile de 60.000 soldados en el Campo de Marte, ante la mirada de 400.000 espectadores, en medio de exclamaciones de: *"Vive l"Empereur!"*» (ibíd.: 151). La consolidación de una amplia base de sustento en las masas fue una pieza importante en el programa del Segundo Imperio; un papel preponderante debían jugar en ello tanto la Iglesia como el sistema escolar: «Ya las leyes de educación de 1833 y 1850 habían definido la "misión civilizadora" de la instrucción primaria. Las masas iban a ser asimiladas en un Estado policial bien ordenado» (ibíd.: 153).

Otra de las bases del régimen de Napoleón III fue la modernización de Francia, siguiendo el modelo de Inglaterra. El Estado debía cumplir un papel activo en la consecución de ese logro. Toda una serie de proyectos se enmarcan en ese programa; entre ellos, la extensión de la red férrea y la reforma urbana. También la higiene pública, mediante la provisión de agua potable y la ampliación de las redes cloacales, una empresa a la que la administración del Segundo Imperio imprimió una dimensión casi épica. En el corazón de este «romanticismo tecnocrático» (Roger Price) se en-

cuentran los proyectos urbanísticos liderados por el barón de Haussman (1809-1891), quien, como consumación de una prolongada –y ascendiente– carrera en el servicio público, cumplió entre 1853 y 1870 la función de prefecto del departamento del Sena. La planificación haussmaniana incluía la construcción de anchas y rectas avenidas a través del intrincado dédalo de pequeñas calles del París histórico, con el propósito declarado de acelerar el tránsito y conectar entre sí las terminales férreas. También comprendía tanto el establecimiento de parques en el centro de París, en Boulogne y en Vincennes, como las empresas netamente comerciales de intensificar la iluminación de las calles mediante la colocación de farolas, mejorar el pavimento y las aceras y favorecer la instalación de kioscos y cafés que animaran la circulación y el consumo urbanos. La edificación de la Ópera Garnier y del mercado central de Les Halles constituyeron avances en este mismo sentido.

La oscura contracara de esa estetización e «higienización» de la capital eran, por un lado, las estrategias destinadas a ahogar cualquier tentativa de insurrección política. Según Michael Löwy, los «embellecimientos estratégicos» del barón Haussmann eran «un método racionalmente planificado de sofocar, antes de que pudiera desarrollarse, todo intento de revuelta; y –si esta tenía lugar a pesar de todo– de aplastarla eficazmente haciendo uso del último recurso de los poderosos, según Benjamin: la sangre...» (Löwy, 2010: 20). En el resumen para la proyectada *Obra sobre los pasajes*, «París, la capital del siglo XIX» (1935), Walter Benjamin señala rotundamente que el verdadero objetivo «de los trabajos de Haussmann era proteger la ciudad de una guerra civil. Quería acabar para siempre con la posibilidad de levantar barricadas en París» (Benjamin, 2005: 47). Haussmann pretendía evitarlas de dos maneras: «La anchura de las calles ha de hacer imposible su construcción, y otras nuevas han de co-

nectar del modo más expedito los cuarteles con los barrios de los trabajadores» (ibíd.: 47-48). Por otro lado, anticipando largamente ulteriores proyectos de urbanización –tales como los que ejecutó la neoliberalización económica y social en ciudades muy diversas–, la «puesta en valor» de la capital francesa tuvo devastadores efectos para las clases populares, que debieron abandonar el centro de la ciudad y hacinarse en las periferias. Benjamin examina el modo en que las empresas de Haussmann hacen que crezca continuamente «la población desarraigada de la gran ciudad», ya que el «alza de los alquileres arroja al proletariado a los suburbios» (ibíd.: 47). Pero esta expulsión, junto con la destrucción de numerosas edificaciones históricas –Haussmann se complacía en considerarse a sí mismo como un «artista demoledor»–, hace que los barrios de Paris pierdan su fisonomía: «Surge el cinturón rojo [...]. Entretanto, vuelve extraña a los parisinos su ciudad. Ya no se sienten en su casa. Comienzan a ser conscientes del carácter inhumano de la gran ciudad» (ibíd.). La gran ciudad se constituye, pues, como el espacio privilegiado para la alienación. Si, como se ha dicho, toda cosificación es un olvido, aquella que promovió Haussmann estuvo ligada tanto al borramiento material del pasado histórico parisino como a la promoción de una entusiasta defensa de la abrupta y categórica ruptura con la tradición. El prefecto, según David Harvey, necesitaba crear «alrededor de sí mismo y del emperador el mito de una ruptura radical, un mito que ha sobrevivido hasta nuestros días; demostrar que lo anterior era irrelevante, que ni él ni Luis Napoleón estaban de ninguna manera sujetos al pensamiento ni a la práctica del pasado inmediato» (Harvey, 2008: 16). Como la de los políticos y tecnócratas neoliberales de finales del siglo XX y comienzos del XXI, la programática de Haussmann estaba sustentada por la aseveración autoritaria de que no hay alternativa para sus métodos: «Esta negación [del pasado] realizaba una doble

función: por una parte, cimentaba la idea del mito que era esencial para el nuevo régimen; por otra, afianzaba la idea de que *no había alternativa al benevolente autoritarismo del Imperio*» (ibíd.; las bastardillas son nuestras).

Más allá de la efectividad que tuvieron tanto sus estrategias propagandísticas como sus proyectos de modernización, el modelo bonapartista no pudo evitar una situación general de crisis que derivó en la caída del Segundo Imperio. Una de las bases de esa crisis fue ocasionada por los planes del emperador para reubicar a Francia en el escenario geopolítico de la Europa contemporánea como el poder dominante. Los resultados de la política externa de Napoleón III fueron, sin embargo, «la creciente desconfianza internacional ante las intenciones de Francia y el aislamiento diplomático» (Price, 2002: 157). La creciente hostilidad entre Francia y Alemania, que derivó en la Guerra Franco-Prusiana (1870), fue uno de los efectos más directos –y más catastróficos– de esta política externa. Convencido de que una guerra exitosa podría devolverle legitimidad al régimen y dotarlo de renovadas fuerzas en su ataque contra la oposición liberal, el emperador emprendió el enfrentamiento bélico con los ejércitos de Bismarck:

> Las noticias de la derrota y capitulación en Sedan y el difundido sentimiento de humillación nacional que esto engendró volvieron casi inevitable el colapso del régimen. Su legitimidad había sido destruida. Desmoralizado ya por una sucesión de derrotas, los ministros quedaron pasmados ante la gravedad de estas noticias. Demostrarían ser incapaces de proporcionar un liderazgo efectivo. El 4 de septiembre de 1870, una revolución sin derramamiento de sangre tuvo lugar en París (Price, 2002: 158).

Por último, la Comuna de París –que pone fin a un sitio de más de cuatro meses por parte de las tropas prusianas–

sería la imponente coda para un régimen ya destituido. En la Comuna habría de ver Marx un ejemplo deslumbrante de autoorganización de los trabajadores y un modelo para los socialismos del futuro. *La guerra civil en Francia*, que recupera y reescribe varios de los temas tratados en *El dieciocho brumario*, constituye la respuesta más detallada y concreta, por parte de Marx, frente a lo que a sus ojos representó todo este proceso sociohistórico. El derrumbe del régimen Napoleón III fue precedido por la declinación y caída de los proyectos urbanísticos de Haussmann, aunque estas hayan obedecido en principio a motivaciones diferentes que aquel. En medio del proceso de reconfiguración de Les Halles, el intendente pierde el norte de sus designios; en palabras de David Van Zanten:

> A principios de la década de 1860, cuando los proyectos iniciales de 1853 estaban acabados o bien encaminados, algo sucedió. Se cambió la escala, se perdieron los objetivos, la coordinación falló, al mismo tiempo que se emprendían nuevos proyectos que eran inflexiones, elaboraciones y extensiones del proyecto original [...] que parecían factibles por el éxito obtenido en la primera década de los trabajos, pero que ahora quedaron fuera de control y condujeron a la crisis financiera de 1867-1869 y a la destitución de Haussmann (cit. en Harvey, 2008: 132-133).

El diseño de Haussmann aspiraba a un control racionalista total de la ciudad. Desde junio de 1853, cuando se le cedió el destino de la capital, el barón «construyó un relato mítico de la importancia de ese cambio e impulsó la percepción de una ruptura total con el pasado, presentándose de manera inocente como un mero instrumento de la voluntad del emperador» (Harvey, 2008: 130). Pero, en la medida en que los seres humanos pueden hacer la historia, pero no de acuerdo con su propia voluntad, bajo circunstancias

elegidas por ellos mismos, Haussmann no advirtió –como tampoco lo había percibido el emperador– que sus proyectos se escapaban de sus manos y que en el fondo él era menos el autor de las amplias reformas que inicialmente condujo que un mero instrumento de la voluntad del capital. Bien podría haber declarado, como Mefistófeles en *Fausto*: «A fin de cuentas, dependemos / de las criaturas que hemos hecho» (Goethe, 2015: 341, vv. 7003s.). Esto explica la dinámica autónoma de la transformación urbana una vez destituido Haussmann: «En el momento en que Haussmann se ve cesado, los procesos de transformación urbana que había puesto en marcha habían alcanzado tal impulso que resultaban imposibles de detener. La haussmannización [...] continuó muchos años después de su cese» (Harvey, 2008: 131).

La debacle del funcionario se precipitó a comienzos de 1869, cuando se multiplicaron las objeciones a las inconsistentes finanzas de Haussmann. Una pieza importante del ataque fueron las *Comptes fantastiques d"Haussmann* (Cuentas fantásticas de Haussmann, 1868; el título es una variación satírica respecto de los *Cuentos fantásticos* de Hoffmann) de Jules Ferry. Los acontecimientos ulteriores, como comenta Harvey, fueron extraños: «Por una parte, Haussmann se vio obligado a reducir la actividad de las obras públicas y retraer aún más el sector de la construcción y el industrial de París, exacerbando con ello el descontento social» (ibíd.: 389). Por otra parte, «ninguno de los que lo atacaban negaba la utilidad de sus obras, y muchos de ellos pedían la terminación en 1869 de esta o aquella parte de su proyecto, mientras otros, como Rothschild, simplemente estaban encantados de prestar a la ciudad tanto dinero como quisiera» (ibíd.). Cada vez más parecía como si Haussmann fuera «un mero blanco sustitutivo del emperador y que la exclusividad de su aparente patronazgo era lo que estaba en juego» (ibíd.). Las armas de la crítica fueron continuadas por la crítica de

las armas: los meses de mayo y junio de 1869 estuvieron signados por la agitación y la revuelta:

> En ese momento, los bulevares de Haussmann se convirtieron en campos de batalla. Hasta entonces habían estado en manos de burgueses y paseantes, pero de repente se vieron tomados por una creciente masa de trabajadores descontentos, estudiantes, pequeños comerciantes y gente de la calle. El 12 de junio la multitud llegó hasta la Ópera y levantó la primera barricada (ibíd.).

Existe una línea de desarrollo compleja, pero firme entre este reverdecer del descontento y la posterior irrupción de la Comuna. Gran parte de lo que en esta ocurrió, como indica Harvey, «tenía sus orígenes en los procesos y las consecuencias de la transformación de París bajo el Segundo Imperio» (ibíd.: 392).

7. Actualidad del análisis de Marx: los «nuevos bonapartismos»

Cuando Marx compuso *El dieciocho brumario*, bajo el efecto inmediato del golpe de Estado ejecutado por el presidente de la república, no podía prever toda esta evolución. Sin duda debe imputársele como un error haber subestimado el alcance de la seducción carismática que Luis Bonaparte podía ejercer sobre amplios sectores del pueblo francés. Pero no solo la evolución del Segundo Imperio, sino también –y acaso: todavía más– las investigaciones sobre la lógica del capital deben de haber convencido a Marx de que fue en gran medida *este* quien creó en Francia las circunstancias y condiciones que permitieron que un personaje mediocre y grotesco asumiera el papel del héroe. Podrá preguntarse quizás si era plausible que una figura mediocre ejerciera un poder de atracción tan intenso en

el país de las Luces y la Revolución para que pudiera visto, durante casi veinte años, como un salvador y como un héroe. La resistible ascensión de Hitler brinda en sí una contundente respuesta positiva a ese interrogante: las circunstancias alemanas posteriores a la derrota en la Primera Guerra y contemporáneas de la debacle económica de la República de Weimar generaron también condiciones en que una figura totalmente mediocre lograra ser vista como *Führer* por millones de personas. Toda una vasta galería de sátiras –de John Heartfield a Brecht, de Chaplin a Clément Moreau– han conseguido erosionar, pero no aniquilar el influjo irracional que una figura indiscutiblemente mediocre produjo sobre una ciudadanía de masas. No se trata, por cierto, de un caso aislado: la experiencia de las últimas décadas evidencia que la fase neoliberal del capitalismo, por razones que no es posible desarrollar aquí, ha promovido –entre otras muchas mistificaciones– toda una galería de líderes cuyo carisma o, en todo caso, cuya atracción resulta tanto más intensa cuanto más débiles son sus capacidades; ante todo, las intelectuales. Los antologizados desatinos de George W. Bush no fueron un obstáculo particularmente significativo en su carrera política, y el fenómeno ha sido objeto de consideración recurrente por parte de la intelectualidad de izquierda en el plano internacional. Mark Fisher ha llamado la atención, por ejemplo, sobre el hecho de que «la incompetencia lingüística de Bush, lejos de ser un impedimento para su éxito, ha sido crucial para alcanzarlo, ya que le ha permitido presentarse como un "hombre del pueblo"» (Fisher, 2022: 240), y a consideraciones parecidos han dado lugar «mitos» afines en Brasil y Argentina. Para la comprensión de fenómenos de esta clase es mucho menos productiva la desestimación elitista que el arduo trabajo del concepto, y para esta labor es posible encontrar herramientas sumamente provechosas en el ensayo de Marx.

Estas observaciones nos devuelven al tema del comienzo de esta introducción: la actualidad de *El dieciocho brumario*; sobre todo: su potencial para contribuir a la comprensión de nuestro presente. Esta vigencia no se refiere solo a determinados modelos de liderazgo. Se refiere también, como han destacado distintos analistas, a una amplia variedad de «nuevos bonapartismos». Con un ánimo derrotista, Martin Beck e Ingo Stützle constataron en 2018 el afianzamiento de partidos y movimientos autoritarios y nacionalistas en diferentes latitudes del planeta:

> Trump presidente de EE.UU., Kurz Kanzler de Austria y Erdoğan, ya desde 2014, jefe de Estado turco. En el este de Europa, gobiernan Putin en Rusia, Orban en Hungría y el partido Derecho y Justicia (PiS) de Kaczyński en Polonia. No basta con esto: en Francia, una de cada tres personas, en las últimas elecciones presidenciales, votó por el Frente Nacional, y en Alemania la Alternativa por Alemania (AfD) representa la tercera fracción más fuerte en el Parlamento (2018: 8).

Más allá de las diferencias, estos regímenes revelan algunas afinidades externas: «Todas promueven una resurrección del nacionalismo como pilar ideológico básico y un estilo de gobierno autoritario, en general encarnado en personalidades de liderazgo (carismático)» (ibíd.). Tales modelos de liderazgo pretenden aportar la solución a las incertidumbres y ansiedades de millones de personas en escenarios muy diferentes. Los autores citan a Micha Brumlik, quien ha visto en Donald Trump a un Luis Bonaparte redivivo, y que «no solo traza algunos paralelos entre el carácter y el efecto de las personas, sino también entre las situaciones y los estratos que llevaron a ambos al poder» (ibíd.: 10). Mencionan, asimismo, declaraciones de Agnes Heller y Klaus Staeck, quienes denominan a Orban «explícitamente un nuevo Bonaparte» (ibíd.). Ingar Solty

sostuvo también en 2018 que está «fuera de duda, en todo caso, que el gobierno de Trump está caracterizado por una fuerte tendencia autoritaria y encierra el potencial para una transformación bonapartista» (2018: 91). Solty encontraba en Trump a un exponente de un nuevo modelo de «hombre fuerte» en el que debería percibirse una «personalización agudizada de la política y una orientación hacia figuras de liderazgo carismáticas». Estas actúan como «nuevos Césares en estructuras partidarias desarrolladas; las estructuras partidarias, con todos sus recursos, son hechas a su medida», y tales líderes «pueden, una vez asumido el poder [...] comunicarse a menudo también más allá de los canales establecidos para la vida política y la opinión pública y buscar acceso directo al pueblo (que los aclama)» (ibíd.: 74). El ascenso de este tipo de políticos marca «una tendencia política e ideológica contemporánea que debe observarse en relación con el desarrollo general de las formas de dominio autoritarias en el capitalismo global»; indicadores de este desarrollo son, «en primer lugar, el aumento de medidas políticas autoritarias orientadas a limitar los derechos de libertad política (por ejemplo, derecho de asociación y reunión y libertad de prensa) y el gobierno bajo estado de excepción» (ibíd.: 74-75). Solty coloca estos fenómenos en el marco de una crisis ideológica –y podríamos añadir: no solo *ideológica*– de la democracia que ha encontrado expresión en «la desilusión de muchos intelectuales orgánicos de la burguesía en relación con las capacidades de resolución de problemas de la democracia parlamentaria» (ibíd.: 75). Sintomáticos de estos procesos son, según Solty, «los cambios en dos intelectuales rectores a nivel global como Thomas L. Friedman y Francis Fukuyama, que hoy se muestran apasionados por las capacidades de ejecución autoritarias del Estado chino» (ibíd.). Bob Jessop establece un cotejo similar cuando propone ver «la era Thatcher (1979-1990) y la era

Blair (1997-2007)» como «dos momentos bonapartistas en la historia de la postguerra británica que se relacionan tanto con la crisis económica que comienza a fines de la década de 1960, como con la crisis estructural sostenida del Estado británico» (Jessop, 2018: 93). Como se ve, más allá de los aciertos y desaciertos puntuales, el análisis marxiano continúa revelándose sumamente fructífero para la comprensión de fenómenos de nuestro tiempo

8. Los procedimientos satíricos y la forma del ensayo

Como en otros escritos de géneros y finalidades diferentes, en *El dieciocho brumario* emplea Marx con frecuencia –y, en general, con eficacia– una variedad de procedimientos satíricos. Cabe decir que el recurso estético de la sátira suele encontrarse en Marx relacionado con una perspectiva ideológica e histórica de amplios alcances. Ya en la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción* (1844) decía Marx:

> La historia es minuciosa y recorre muchas fases cuando lleva a la tumba una figura antigua. La última fase de una figura histórico-universal es su *comedia*. Los dioses de Grecia, que ya habían sido heridos de muerte de manera trágica en el Prometeo encadenado de Esquilo, debieron volver a morir cómicamente en los diálogos de Luciano. ¿Por qué esta marcha de la historia? Para que la humanidad se despida *jovialmente* de su pasado. Este destino histórico *jovial* es el que vindicamos para los poderes políticos de Alemania (Marx, 1988: 382).[4]

Sobre la base de tales criterios concluye Marx que el *ancien régime* alemán moderno, a diferencia del histórico,

4. A la vista de las traducciones existentes, hemos preferido ofrecer una propia.

es «un anacronismo, una contradicción flagrante contra un axioma universalmente reconocido: la nulidad expuesta a la vista del mundo del *ancien régime*» (ibíd.). Como en general los antiguos regímenes contemporáneos, es solo «el *comediante* de un orden mundial cuyos *héroes reales* han muerto» (ibíd.). Aun cuando ha desaparecido la nota de alegría que marca la despedida satírica de los figurantes anacrónicos en el escenario de la historia, la caracterización del Segundo Imperio y de su principal representante responde a esta misma dinámica. Desde las primeras líneas de *El dieciocho brumario*, o aun desde el propio título, las pifias políticas del sobrino son presentadas en términos de una degradación farsesca de las presuntas hazañas de Napoleón I. Es muy probable que Marx tuviera presente una carta enviada a él por Engels el 3 de diciembre de 1851 –es decir: un día después del golpe de Estado de Luis Bonaparte– en que el amigo comenta:

> Después de lo que vimos ayer, no es posible esperar nada en absoluto del pueblo, y parece realmente como si el viejo Hegel, desde su tumba, condujera la historia como espíritu universal y con la mayor escrupulosidad hiciera que todo se devanara dos veces: una vez, como gran tragedia, y la segunda vez, como ridícula farsa, Caussidiere por Danton, L. Blanc por Robespierre, Barthelemy por Saint-Just, Flocon por Carnot y el botarate [= Luis Bonaparte], con la primera mejor docena de tenientes cargados de culpa, por el pequeño caporal [= Napoleón Bonaparte] y su mesa redonda de mariscales. Habríamos llegado ya al 18 brumario.

El pasaje de la obra de Hegel al que hacen referencia tanto Engels como Marx es muy verosímilmente aquel de las *Lecciones sobre filosofía de la historia* (publ. en 1837) en que se examina la significación histórica de Julio César. Hegel cuestiona a quienes, apegados a la superficie del acontecer,

pensaban que «la dominación de César era algo casual, y que la entera circunstancia de este se encontraba ligada a su individualidad» (Hegel, 1986: 379)[5] Cicerón, Bruto o Casio creían que, si el individuo César fuera eliminado, la república estaría nuevamente viva. El asesinato de César habría sido el producto de este error, que inmediatamente quedó al descubierto cuando se patentizó que, bajo esas circunstancias, el Estado romano solo podía ser conducido por *una* persona:

> Y ahora los romanos debieron creer en esto; así como, pues, un golpe de Estado es en general sancionado, por así decirlo, en la opinión de los seres humanos cuando se repite. Así, Napoleón fue derrotado dos veces, y dos veces se expulsó a los Borbones. A través de la repetición, aquello que al comienzo solo aparecía como casual y posible se convierte en algo real y constatado (ibíd.).

La repetición que, en Hegel, es confirmación de la autenticidad de aquello que –erróneamente– no era reconocido como necesidad histórica, es rebajado por Engels y Marx al nivel de una mera parodia. Terrell Carver ha escrito, a propósito de las primeras páginas de *El dieciocho brumario*, que el «breve tratado de Marx sobre el poder performativo de las alusiones e invocaciones anacrónicas es deslumbrante. El *Dieciocho brumario* representa una política de la imaginación hecha a través de la escritura con una extraordinaria imaginería. Esto no es todo, pero es un comienzo tremendo» (2002: 127). Particularmente efectiva es la construcción en la que se basa tal imaginería. Remite sobre todo a los universos de la retórica y del teatro (y de la «teatralidad»). Esto se advierte ya en la antítesis que al inicio se establece entre las revoluciones del pasado y la que Marx espera de

5. El pasaje no aparece en la edición en castellano disponible.

su propio presente. Las revoluciones pretéritas extraían su poesía de las «creencias supersticiosas» del pasado a fin de suplir con la exuberancia de las formas la pobreza del fondo. Su defecto, en términos retóricos, era la *ampulosidad*: el empeño voluntarista en compensar, mediante una abundancia de fórmulas vacías, la ausencia de contenidos. La falla que les imputa Marx se asemeja bastante a la que él y Engels denunciaban en la filosofía idealista y en la literatura clásica alemanas: la voluntad de huir de la miseria real refugiándose en la miseria desbordante. A fin de eludir este enmascaramiento de una realidad miserable a través de fórmulas grandilocuentes, la revolución del siglo XIX debe extraer su poesía del futuro: si las revoluciones anteriores se veían en la necesidad de evocar la historia universal a fin de insensibilizarse frente a su propio pasado, la del siglo XIX debe «dejar que los muertos entierren a sus muertos, a fin de alcanzar su propio contenido» (*infra*, p. *). El término que emplea Marx recurrentemente a lo largo del ensayo para designar el ampuloso anacronismo, no solo de los revolucionarios burgueses, sino también de otras instituciones perimidas –entre ellas, la Asamblea Legislativa–, es *Phrase* («expresión vacía, desgastada», «palabrerío»). Y es significativo que, a la hora de contraponer las revoluciones del pasado con la que exige el presente, Marx proclame que, en aquellas, «el palabrerío rebasa el contenido»; en esta, «el contenido rebasa el palabrerío» (*infra*, p. *).

A este mismo propósito de ridiculizar la desmesura formalista sirven las metáforas teatrales y las alusiones al mundo del teatro. Estas aparecían ya profusamente en *Las luchas de clases en Francia entre 1848 y 1850* (1850). En *El dieciocho brumario*, conforman todo un sistema de imágenes destinadas a poner en evidencia la índole sustancialmente ilusoria del accionar de ciertos personajes, clases e instituciones de la política francesa. También aquí se denuncia la ampulosi-

dad de las prácticas declamatorias al contrastarlas con sus fundamentos reales. Así, al referirse a las vanas promesas de insurrección realizadas por la Montaña, afirma Marx que las amenazas revolucionarias de los pequeñoburgueses y de sus representantes demócratas no son más que intentos intrascendentes para amedrentar al enemigo. De ahí que, cuando finalmente se concretan, lo hacen solo de manera ambigua y rodeados de pretextos encaminados a hacer que la acción fracase: la «resonante obertura que anunció la lucha se pierde en un tenue gruñido tan pronto como debe iniciarse el enfrentamiento; los comediantes dejan de tomarse a sí mismos au sérieux, y la acción desmorona de manera banal, como un globo lleno de aire al que se pincha con una aguja» (*infra*, p. *). Un término de referencia reiterado para las circunstancias francesas son las banalmente barrocas acciones principales y de Estado (*Haupt- und Staatsaktionen*), un género dramático sensacionalista que tuvo gran popularidad, en Alemania y Austria, durante el siglo XVII y la primera mitad del XVIII. Representadas por compañías de actores ambulantes, se distinguían por la grandilocuencia, el sensacionalismo y la truculencia de sus tramas. Las alusiones al género en el ensayo marxiano ayudan, pues, a realzar la afectación y, a la vez, la futilidad de los actores. Así, cuando se dice que los realistas unidos representaron sus intrigas «en la prensa, en Ems, en Claremont, fuera del parlamento». Detrás de los bastidores, «volvían a ponerse sus viejas libreas orleanistas y legitimistas, y retomaban sus viejos torneos»; pero, «sobre el escenario público, en sus acciones principales y de Estado, como gran partido parlamentario, despachaban a sus respectivas casas reales con meras reverencias y prorrogaban la restauración de la monarquía in infinitum» (*infra*, p. *). De manera parecida, al revisar las tentativas para reconciliar la familia de Orleans con Enrique V luego de la muerte de Luis Felipe, como suele suceder con las

intrigas dinásticas, «solo se representaban durante las vacaciones de la Asamblea Nacional, en los entreactos, detrás de los bastidores, más como coquetería sentimental con la vieja superstición que como una ocupación seria»; pero ahora se convirtieron «en acciones principales y de Estado y el Partido del Orden las ponía en escena en el escenario público, y no, como ocurría anteriormente, en el teatro de aficionados» (*infra*, p. *). En referencia a la burguesía, se menciona que esta representaba «la más perfecta comedia, pero de la manera más seria del mundo, sin vulnerar ninguna de las pedantes condiciones de la etiqueta dramática francesa»; lo hacía incluso «a medias engañada, a medias convencida de la solemnidad de sus propias acciones principales y de Estado, tenía que triunfar el aventurero que tomaba a la comedia lisa y llanamente como una comedia» (*infra*, p. *). Es sugestivo que, entre las citas literarias que incluye el ensayo, varias se refieran a obras dramáticas; así, en la referencia shakespeareana a la república social, que se había manifestado «como palabrerío, como profecía, en el umbral de la revolución de febrero»; si, «en las jornadas de junio de 1848, se ahogó en la sangre *del proletariado de París*», en «los siguientes actos del drama se pasea como espectro» (*infra*, p. *). Respecto del parlamento, comenta Marx que él ofrecía «con idéntica periodicidad, el drama de una asamblea de realistas que les cerraba obstinadamente a sus reyes desterrados las puertas por las que podían retornar». Si «Ricardo III había asesinado a Enrique VI haciendo la observación de que este era demasiado bueno para este mundo y su lugar era el cielo», los realistas declaraban a Francia «demasiado abyecta para volver a contar con sus reyes. Obligados por la fuerza de las circunstancias, se habían convertido en republicanos y sancionaron repetidamente la decisión popular que expulsaba de Francia a sus reyes» (*infra*, p. *). La exposición del mundo político francés como *escenario* o *escena* deja de ser

una imagen totalmente lexicalizada en el lenguaje corriente para recuperar su fuerza metafórica originaria; y así puede decirse, por ejemplo, que, con su derrota, «el proletariado pasó al *foro* de la escena revolucionaria» (*infra*, p. *); o que «los diputados y pares de Luis Felipe se encontraron con un ejército santo de legitimistas, para quienes numerosas boletas electorales de la nación se habían transformado en boletos de entrada a la escena política» (*infra*, p. *).

Jessop asevera que Marx «enfatiza la teatralidad de la política no solo como metáfora, sino también como una práctica política autoconsciente por parte de los actores políticos cuando buscan persuadir e impresionar a su audiencia adoptando máscaras de personajes y papeles del pasado histórico y/o de un repertorio dramático» (2002: 185). Pero, al mismo tiempo, Marx se esfuerza en destacar «cómo el escenario político tiene su propia efectividad. Lejos de ser un simple reflejo político de intereses económicos, posee su propia lógica y su propia influencia sobre las relaciones de clase» (ibíd.). Jessop conecta este aspecto de *El dieciocho brumario* con algunos temas tratados en el *Manifiesto*. Pero aún más productivo sería relacionarlo con *El capital*. Vale la pena recordar que una tesis central de la obra más importante y abarcadora de Marx es que, en un mundo regido por la ley del valor, los diferentes agentes sociales, que creen actuar respondiendo a sus propios deseos y decisiones, son en verdad los medios de los que se vale el capital para continuar con su marcha indefinida. Así, en contraposición con lo que ocurre en las críticas morales a la Modernidad burguesa, los capitalistas no son presentados por Marx como sujetos particularmente perversos, inducidos por un egoísmo desmedido, sino como herramientas del capital; ellos son personificaciones de categorías económicas, máscaras de personajes dramáticos (*Charaktermasken*). Semejante comprensión revela semejanzas, pero también diferencias importantes con las posiciones

sostenidas en *El dieciocho brumario*: las metáforas teatrales ya no son empleadas, en *El capital*, para explicar distorsiones ideológicas, anacronismos que podrían ser superados en cuanto queden eliminadas las creencias supersticiosas en el pasado. Los fetichismos y mistificaciones que explora Marx en su crítica de la economía política no son meros engaños de la conciencia que sería capaz de despejar la ilustración científica, sino productos necesarios de las formas de praxis correspondientes a las sociedades orientadas a la producción y el intercambio de mercancías.

La imaginería dramática posee, al margen de esto, una riqueza y un dinamismo propios. Muestra, por otro lado, la importancia que poseía para Marx el modo de exposición y, en términos más específicos, *el estilo*. En concordancia con su crítica general a la ampulosidad y el formalismo, Marx habría seguramente insistido en que la dimensión estética de la escritura no es un añadido decorativo, un elemento subsidiario destinado solo a estetizar los contenidos. La atención al estilo que caracteriza buena parte de la obra de Marx, y que le ha asegurado a este un lugar entre los mayores ensayistas alemanes del siglo XIX, es un elemento sustancial de su propia autocomprensión como intelectual. Ludovico Silva, quien señaló que «el sistema expresivo de Marx constituye un estilo, un genio expresivo peculiar, intransferible, con sus módulos verbales característicos, sus constantes analógicas y metafóricas, su vocabulario, su economía y su danza prosódica» (1975: 3), afirmó también que

> es característico de todos los grandes pensadores que son a la vez grandes estilistas el presentar sus obras *no como el resultado de pensamientos previos, sino como el proceso o acto mismo de pensar*; asiste así el lector a un alumbramiento sin tregua, y se beneficia de ello, pues en vez de verse obligado a digerir pensamientos endurecidos, se ve incitado a pensar,

> a repensar, a recrear el acto mismo de los descubrimientos teóricos (ibíd.: 5).

De un modo parecido, Montaigne, el fundador del género ensayístico, había presentado su propia escritura como simultánea a la acción de pensar. En virtud de este –eficaz– artificio, los escritos del escritor francés constituyen «el órgano de una escritura que no quiere ser resultado, sino proceso; exactamente como el pensamiento que aquí alcanza su propio despliegue a través de la escritura» (1949: 430). Este gesto ensayístico, identificado con lo provisorio –un término que anteriormente vinculamos con la técnica de pensamiento de Marx–, concede a la escritura de este un dinamismo que pertenece a la esencia misma del método dialéctico. En sus lecciones de *Introducción a la dialéctica*, Adorno ha escrito que, en la gran filosofía, la forma de la exposición no es

> un ingrediente que ciertos escritores filosóficos, más o menos cultivados en estética, añaden [...] para distinguirse del filisteísmo reinante, a sus pensamientos, sino que un pensar que [...] tome en serio la dialéctica [...] tiene necesidad de la exposición en sentido enfático [...] precisamente el hecho de que el contenido no sea algo fijo, que solo encuentre su determinación a través de la correlación en que entran sus momentos particulares –es decir, a partir de ese todo del que he tratado de hacerles una idea– [tiene necesidad de la exposición en sentido enfático. Esta circunstancia lleva a que el todo] mismo se convierta necesariamente en un medio de la cosa, en una categoría del conocimiento (Adorno, 2013: 367-368).

Esta reflexión de Adorno parece haber sido escrita para delinear el método de Marx. Para este, la consideración del papel que los elementos individuales han de cumplir dentro de la totalidad de la obra se ha convertido con frecuencia en obsesión. Esto se percibe con claridad particular en *El* capital: aquí, el método de exposición de Marx, planeado

y desplegado con extremo rigor, se orienta en el sentido de manifestar que cada una de las categorías es a la vez verdadera y falsa: falsa en su limitación, en su aparente autonomía; verdadera cuando se muestra su relación con la totalidad desarrollada del modo de producción capitalista. Retrospectivamente, una vez recorrida toda la obra, debería poderse ver –esta era la intención de Marx– el funcionamiento «verdadero» de cada una de las categorías. Es sugestivo que, en la proposición de este método, Marx se haya inspirado en el concepto que él poseía de la obra de arte. En una carta que le envía a Engels el 31 de julio de 1865, Marx marca la incompatibilidad entre su modo de trabajo y el de autores como Jakob Grimm, quien despachaba partes de su *Diccionario* al editor a medida que las iba concluyendo: «Cualesquiera sean sus defectos, el mérito de mis escritos es que ellos son un todo artístico, que solo puede ser obtenido a través de mi método de nunca imprimirlos antes de que estén ante mí como un todo. Esto es imposible con el método de Jakob Grimm, que es más adecuado a obras que no están construidas dialécticamente» (MEW 31, pp. 131 y s.). En el plano expositivo, Marx resalta la necesidad, en una obra dialéctica, de presentar la totalidad a fin de que se comprenda la función que en ella poseen las partes.

En otro lugar hemos tratado de mostrar que existe una «afinidad electiva entre el materialismo dialéctico y la tradición del ensayismo, entendido no solo como un género, sino también, y de manera más importante, como un método de investigación y aun como una posición ética y política frente al mundo» (Vedda, 2019: 4). Medular en este posicionamiento «ensayístico» es una actitud crítica que se dirige no solo hacia los objetos del pensar, sino también al propio pensamiento y a la propia praxis. Es característico que Marx incluya este sesgo autocrítico en el propio concepto de revolución. Y esto puede verse precisamente en *El dieciocho*

brumario: allí donde se establece la contraposición –comentada ya por nosotros– entre las revoluciones burguesas del pasado y las revoluciones proletarias, se dice que estas

> constantemente se someten a sí mismas a crítica, se interrumpen continuamente durante su mismo transcurso, regresan a lo parecía consumado a fin de emprenderlo de nuevo, se burlan cruel y profundamente de las insuficiencias, debilidades y mezquindades de sus tentativas iniciales [...]; todo el tiempo vuelven a retroceder, aterradas, ante la indeterminada enormidad de sus propios fines, hasta que se encuentra creada la situación que torna imposible todo retorno (*infra*, p. *).

¿No recuerdan estas hesitaciones y tanteos el propio comportamiento del autor frente a sus propios escritos: la revisión obsesiva de los manuscritos antes de entregarlos a los editores, o aun la crítica rigurosa de las obras ya publicadas? A fin de cuentas, una filosofía en movimiento no puede excluirse a sí misma de la gran crítica general.

MIGUEL VEDDA